L. 4038

SEMBLANZAS

R. 3517

JUAN R. SOMOZA

SEGUNDA SERIE

Semblanzas

Prólogo de D. Jesús Rodríguez López

Epílogo de D. José Ladrón Menéndez

PRECIO 3 PTAS.

Personalidades salientes de Galicia en las ciencias, las artes, la literatura y otras manifestaciones de la actividad humana.

Lugo-1915 Tip. El Progreso



Dedicatoria

A D. Marcelino Rivas

Por Galicia y para Galicia son estas páginas. Las inspiré en el estudio de personalidades gallegas, más o menos significadas en los órdenes diversos de la vida social y política, y a nadie mejor que a un gallego, amante como pocos del terruño y como pocos también, enamorado del esfuerzo creador de la inteligencia que cultiva la observación crítica de las personas y de las cosas, a nadie mejor que a V. Sr. Rivas, puedo dedicar este fruto modestísimo de mis vigilias.

Es moderna costumbre lanzar libros al mercado sin más presentación que la firma de su autor y convengo en que el procedimiento es justo y razonable cuando esa firma es por sí sola una garantía de éxito; pero no concurre en la mía esa circunstancia salvadora. Soy un obrero humildísimo de las letras, casi un inonimado y he menester de un algo extraño que avalore mi obra. Por eso se la dedico a V., cuyo nombre puede salvar el escollo brutal de la indiferencia con que habrían de acogerse estas pobres páginas, emborronadas en mis efímeros momentos de ocio, en mis contadas horas de sosiego.

Si triunfo, a V. y a Rodríguez López se lo debo. A V. que patrocina esta labor, insignificante y vulgar. A Rodríguez López, que la presenta y la autoriza

Acepte pues, Sr. Rivas, esta ofrenda de mi pluma. Conque ella le merezca un gesto benévolo y cariñoso, me doy por satisfecho.

Juan R. Somoza.

Prólogo

Instado a prologar esta obra por su autor, mi buen amigo D. Juan R. Somoza, accedí a complacerle, más por reconocimiento al honor que envuelve para mi la súplica, que por la necesidad que encuentre de presentar al autor de SEMBLANZAS, cuyo agradable y valiente estilo como escritor son sobrado conocidos.

La labor del Sr. Somoza con sus semblanzas, parecerá a muchos extraña por describir también la vida y obras de personas humildes, sin notoriedad en las ciencias, ni en las artes; pero yo la encuentro meritoria y difícil en extremo.

Es difícil, como lo sería el llenar una vasija con el agua que se sacase, con un ramo de flores, de un pozo que produjese muy poca; pero para esta admirable labor tiene indudablemente el Sr. Somoza una habilidad extraordinaria. Las semblanzas de los humildes están por él adornadas con galanuras de estilo y perfectamente rematadas. No hay nada en ellas que ofenda la modestia ni que enloquezca la vanidad del biografiado Allí es en donde se ve el arte exquisita del autor, no bien comprendida a veces por los que están más acostumbrados a leer que a escribir para el público.

Es meritoria la labor del Sr. Somoza, porque se ocupa en muchas semblanzas de personas cuya participación social pasaría desapercibida más allá de su pueblo, y aun en éste no sería conocida por todos, y que puede servir mañana para conocer detalles de la vida del padre de un grande hombre, de una figura histórica; porque generalmente éstas nacen de familias humildes, que enseñaron a sus hijos

a trabajar y a luchar por la vida, circunstancias propicias para despertar en la imaginación primero y en el entendimiento y en la voluntad de los niños más tarde, las ideas de riqueza y de gloria.

Por otra parte, eso del mérito personal es muy relativo. Hay muchos santos a los que se les atribuyen más milagros de los que han hecho y estoy seguro de que milagros harían otros santos de los que no se ha escrito. Nadie tiene más fama que la que le quieren dar, y ahora, casi al fin de mis días, estoy convencido de que la mayoría de las veces la fama obedece a locuras de la sugestión o de la ignorancia. Nadie está libre de ser engañado por la fama. Yo he visto a curanderos afamados, sin conocimiento alguno de medicina, tener una clientela asombrosa y venir a él de lejanas tierras, y en cambio, he visto a médicos muy ilustrados pasarse seis u ocho años casi sin ver un enfermo; y aun más he visto: llamar a los curanderos a espaldas de médicos acreditados. ¿Quiere esto decir que sea una mentira la medicina? No. Quiere decir que los ignorantes no pudiendo formar juicio de las cosas, adoran lo inverosímil y lo prodigioso, así como respetan lo faustuoso, y caen en una ciega credulidad que estima como más acertada la sabiduría ajena. Por eso no sabiendo a donde deben ir, van a donde van los demás.

Así se ven acudir a los SABIOS y a los curanderos, no sólo las humildes campesinas y las clases populares más inferiores, sino las personas acomodadas, que gastan velo y chistera, como suele decirse, por que el hábito no hace al monje y bajo una mala capa se oculta un buen bebedor.

No quiero decir con esto que el entendimiento sea patrimonio de los ricos; éstos tienen más medios de ilustrarse, pero generalmente la ociosidad les impide aprovecharse de ellos. He conocido en cambio a muchos pobres, de entendimiento natural muy claro y amantes del trabajo, que aprendieron a escribir a leer y a contar por su propio esfuerzo y su perseverancia, sin más nociones que las que pudieron adquirir en la escuela durante un invierno, y que han lle-

gado por el trabajo y el ahorro a ser hombres independientes y estimables.

Esta clase de hombres no habrán podido salir de la clase media, no habrán podido llegar a ser grandes políticos, ni grandes artistas, ni literatos afamados, ni profundos científicos; pero su labor no es menos meritoria, ni menos digna de una semblanza: es otro género de trabajo; pero han trabajado y contribuido al esfuerzo social para la riqueza pública. Sólo me parece ridícula la semblanza del que no ha producido nada, del que ha invertido todas sus energías en la ociosidad, del que no ha vivido más que para comer y disfrutar de sus riquezas en los placeres del vicio, y más todavía si vive hipócritamente pretendiendo pasar por buena persona.

Las semblanzas del hombre de bien que trabaja fomentando con su esfuerzo la riqueza pública, que conquistó su bienestar con el ahorro y que procura la educación y la ilustración de sus hijos, desde el modesto obrero hasta el poderoso industrial, tienen en esta obra un lugar tan legítimo como las de los que se distinguen en el comercio, en la literatura, en las artes y en la ciencia. ¿Qué son los llamados intelectuales más que obreros?

Además que para mi constituye mérito el salirse, de la rutina. Los rutinarios son incapaces de adelanto alguno Cierto es que los que se salen de la rutina, sobre todo en cuestión de costumbres, son calificados, por lo menos, de extravagantes por los necios rutinarios y por los hipócritas listos, unos, porque no saben más y los otros, porque saben demasiado; pero también es cierto que al fin se van abriendo camino las originalidades aprovechables, que antes parecían extravagancias y que no hay nada que atasque tanto el carro del progreso como la rutina.

Por eso mi simpatía por la labor del Sr. Somoza en estas semblanzas y por eso mi determinación a complacerle con estos cortos renglones.

Jesús Rodríguez López.

El Obispo de Lugo

Volteaban las campanas de Lugo en sones de gloria, congregándose el pueblo lucense en el barrio popular de San Roque para recibir a su nuevo Pastor, al que antaño era señor de la murallada ciudad, cuyas llaves entregadas le eran en la vieja capilla del milagroso santo, al hacer su entrada solemne en la capital diocesana, cuando las hojas volanderas de la prensa local orlábanse de loas y de fiesta en honor al nuevo Obispo, ilustrísimo Sr. D. Manuel Basulto.

«Humilde por su origen, pero de elevada virtud y mentalidad aristocrática», como entonces lo calificó en documentada crónica el galano escritor Salgado Toimil, bien pronto hizo el Sr. Basulto florecer en bellas realidades las esperanzas que su pontificado logró hacer brotar en el alma de sus diocesanos. «Obispo demócrata» hubo quien le llamó entonces, y si el concepto ha de entenderse en su recta accepción, fuera de toda duda que lo es el Prelado de Lugo en alto grado, pues la verdadera democracia cristiana tiene en él un perfecto enamorado.

Nacido en tierras de Avila, en el viejo solar castellano donde la divina apasionada, Santa Teresa, recibió las primeras impresiones de esta vida mortal, colmóse de laureles literarios en el Seminario de la diócesis abulense, de donde, ungido ya de sacerdote, pasó a la Magistralía del Cabildo de León tras lucidas oposiciones en que hizo derroche de su vasta cultura científica y literaria. Eran todavía mozos a la sazón los años del actual Obispo de Lugo, y, cifrando en las letras su

placer espiritual, tornó a reverdecer sus triunfos escolares en la Universidad vallisoletana, obteniendo el grado de licenciado en Derecho con la honrosa nota de sobresaliente.

Caminando recto por esta senda florida, ¿cómo no esperar sus brillantes lauros de la Corte, a donde llegó con el bagaje de todos sus preclaros prestigios para ganar en reñida lid alto sitial entre los prebendados de aquel doctísimo Cabildo?

Allí, en la gran urbe que es centro de la vida nacional, donde tantos insignes varones honran y enaltecen a la Iglesia española, encontró el Sr. Basulto ambiente para desplegar las alas de oro de su cultivada mentalidad. El Seminario matritense escuchó con afectuosa admiración sus luminosas enseñanzas respecto a tan difícil disciplina como el Derecho Romano y su influencia en el Derecho Canónico, materia apenas buceada en nuestra patria, pues, aparte de un discurso profundísimo del insigne canonista D. Miguel Eleicegui, apenas hay donde espigar en tan importante aspecto del Derecho; el Supremo Tribunal de la Rota ilustróse con las luces de tan distinguido sacerdote y peritísimo abogado, al confiársele repetidas veces la fiscalía de aquel alto Tribunal, en el que todavía no entibióse el calor de los unánimes elogios que mereció su informe en el proceso incoado, con motivo del portentoso milagro obrado por Luísa Marillac; y en todas partes, en centros y tertulias, en templos y sociedades, fué derramando de tal modo las lumbres de su intelecto, que, al ser promovido para la sede lucense, pudo el Prelado de Lugo, parodiar la frase del César: *veni, vidi, vinci*.

¿Qué más decir del simpático purpurado, que da honra y esplendor a la silla de San Froilán?

Intelectual de primera fila, espíritu incansable, temperamento formado para batallar por la Ciencia, por la Religión y por el bien, es demasiado estrecho el marco de una semblanza para delinear su figura.

Ilmo. Sr. Don Eduardo Garrido

Gobernador civil de Lugo

No hay derecho a decir de él las cuatro vaguedades, incongruentes y toscas, que los periodistas y escritores solemos aplicar diariamente a la mayoría inmensa de los hombres políticos. Todo alrededor de su figura y de su historia es concreto, determinado, preciso. Su vida es la definición acabada y el arquetipo cumplido de esas vidas españolas, si las mejores las menos, que se han troquelado en los viejos moldes de la honradez, de la abnegación, de la rectitud acrisolada del espíritu, de esa admirable ecuanimidad que recuerda a aquellos grandes modelos de disciplina social, sobre cuyos nombres descansan los más altos y legítimos prestigios nacionales.

Admiro en el Sr. Garrido la más rara de las virtudes que pueden mantenerse incólumes dentro del campo inmenso de las relaciones públicas: admiro su gran civismo.

Ante él, no tienen las cosas otro valor que el valor innato de si mismas. Las aquilata y justiprecia dentro de su recto y sano criterio, sin que el prejuicio, la preocupación o la conveniencia, las desfiguren con los vulgares artificios del maquiavelismo al uso. Cada una es lo que es, lisamente, llanamente, con esa admirable sencillez que campea en los cerebros cultivados, en las conciencias habituadas a caminar por la línea recta.

No procede de esa legión ignota de medianias, que artes dudosas agigantaron; de esa caterva de reputaciones improvisadas, que se elevan sobre el pedestal

de una popularidad bullanguera y frívola. Ascendió por el buen camino. Su base es firme. De su pasado conserva testimoniales honrosas para franquear con gesto arrogante y altivo las puertas del porvenir.

En las aulas de la gran universidad compostelana obtuvo el título de Licenciado en Derecho. Su posición —brillante posición social, que a tantos pone en la senda de los éxitos cómodos y fáciles—pudo alejarle de las luchas profesionales; pero el Sr. Garrido, desdeñando la placidez de esas existencias regaladas que pasean su inutilidad vergonzosa por el mundo, quiso hacerse justicia a si mismo, y en Pontevedra, en la bella *Helenis*, su país natal, ejerció durante varios años la Abogacía, logrando en causas y pleitos ruidosos una aureola prestigiosísima, que pronto le atrajo, con el respeto y la admiración de todos, la amable solicitud de sus amigos para aceptar un puesto en la administración de los intereses provinciales.

Y fué a la Diputación. En ella desplegó iniciativas muy plausibles y puso a contribución día tras día los frutos de su talento, los arrestos de su voluntad y los entusiasmos todos de su amor a la tierra nativa. De su gestión allí, consérvase muy grato recuerdo, y cuando el insigne González Besada hizo justicia a sus méritos notorios, llamándole a regir los destinos de la provincia de Lugo, la Corporación a cuyo seno llevara tan noble y fructífero concurso, despidióle con frases de sentida alabanza, de justo y merecido encomio, de sincera expresión de gratitud, frases alentadoras que constituyen el testimonio del bien realizado y forjan el estímulo de que ha menester siempre quien sabe sacrificarse en aras de un ideal.

Al conocerse su nombramiento para esta provincia, la Diputación pontevedresa «acordó consignar en acta unánimemente un recuerdo cariñoso por la gestión levantada y digna que realizó como diputado de aquel organismo, mereciendo muy justificadamente el prestigio de que goza su nombre en la provincia y el afecto muy sincero de sus compañeros por las relevantes cualidades de corrección y caballerosidad, que le distinguen».

Nada se puede dar más expresivo y elocuente que

el lenguaje en que se halla concebida esta comunicación. Ella retrata de modo cumplidísimo el alto concepto en que se tienen sus méritos excepcionales; y ese concepto hemos podido corroborarlo aquí, aplaudiendo y admirando en lo mucho que vale su gestión al frente del Gobierno Civil de Lugo.

El Sr. Garrido es hombre íntegro, en la verdadera acepción de la palabra. No es un Gobernador *político*, propiamente dicho; no es un Gobernador circunstancial, creado por el momento, por la situación, por la hegemonía pasagera de un partido, es algo más. Su actuación está tan íntimamente armonizada con los intereses públicos, que supone un estudio muy concienzudo de ellos y un propósito muy decidido de sirvirlos. Su paso por Lugo marcará una etapa digna de cariñosa memoria. Entre todos nosotros, sin distinción de matices, sin diferencias de clases, no supo granjearse más que simpatías y afectos, y creo honradamente que por mucha que sea nuestra estimación hácia él, nunca será tanta como por sus grandes virtudes cívicas merece.

El tacto, el tino exquisito con que pone su mano en las múltiples cuestiones que de su gestión dependen; el afán noble de servir, de complacer a todo el mundo, sin separarse de la visión escrupulosa del deber, hacen converger en torno de su figura el cariño respetuoso y la admiración sincera de cuantos le conocemos como Gobernador y nos honramos con su trato como amigo.

Mucho le debe la provincia de Lugo, y en muy distintos órdenes de cosas; pero en lo que realmente se ha caracterizado con un sello inconfundible el Sr. Garrido, ha sido en el fomento y desarrollo de las obras públicas de la provincia.

Siento que esto sea una modesta semblanza, en vez de un juicio crítico razonado, porque deseara hacer historia de su labor constante y provechosa en este importante aspecto de la vida administrativa de la provincia; pero puedo afirmar, en síntesis, que más que a los representantes en Cortes, más que a los propios diputados provinciales; más que a todos los grandes y pequeños caciques que encarnan la dirección y propul-

san el desenvolvimiento de las cosas públicas en este olvidado rincón de Galicia, más que a todos los elementos que, por gesto irónico de la suerte, se povonean con el título de «fuerzas» del pais, más que a todos ellos reunidos, debe Lugo, por lo que afecta a sus vías de comunicación, al actual gobernador civil: al Ilmo. Sr. D. Eduardo Garrido. Y esto pudiera demostrarse con los cientos de cartas y besalamanos del Director general de Obras públicas y del ministro de Fomento, que obran en su poder y que atestiguan la perenne y entusiasta labor realizada por dotar a la provincia de una extensa red de carreteras y caminos vecinales, atento a los intereses y en armonía con las necesidades de importantes comarcas que hoy permanecen aisladas del movimiento comercial.

Y si este es el juicio que merece el gobernador, el hombre político, el jefe de una provincia, no es menos laudatorio el que inspira el caballero, todo distinción y exquisitez, y el amigo, todo sentimiento, todo espíritu, todo bondad.

Hay en el señor Garrido un tono de modestia, un aire de sinceridad, un aspecto de sencillez que no suelen ser corrientes en nuestros hombres políticos. En su despacho oficial es el mismo que en la calle. Para él sobran los artificios. Ni gestos forzados, ni ademanes ceremoniosos hay en sus maneras. Es natural, espontáneo, ingénuo, muy expansivo, y muy franco; es un hombre modelo.

El conde de Villasboas

Encarna en su personalidad el rasgo genuino de la aristocracia portuguesa, de la verdadera nobleza lusitana. Es el aristócrata puro de la sangre y de la intelectualidad. Representa el más preciado blasón histórico que esmalta el viejo escudo de la patria de Camoëns

Es hijo ilustre de Barcellos, pintoresco pueblo de la provincia d'o Miño, una de las regiones más bellas de aquel poético mundo portugués, que supo engrandecerse con sus navegantes y guerreros e inmortalizarse con sus artistas.

La casa de los condes de Villasboas, es algo así como el corazón del viejo reino, puesto que de ella parten esas gigantescas ramas en que han prendido brotes espléndidos de la ciencia, del arte, de la literatura y de las armas.

Antecesor insigne del actual conde de Villasboas, fué el inmortal navegante del siglo XV que tantas páginas de gloria ha escrito en la historia de las dos naciones hermanas; primero, sirviendo al Rey de Portugal en la India, más tarde sirviendo a Carlos V en España.

Antecesor suyo, fué también aquel eximio patricio, Diego Fernández de Vilasboas, cuya figura se agiganta en los anales sangrientos de la guerra contra los moros de Granada; siendo uno de los más esclarecidos héroes de la Reconquista y habiendo obtenido entonces, de manos de D. Pedro I de Castilla, el blasón que actualmente usa su ilustre descendiente.

Varón inmortal de la casa de Villasboas, fué asimis-

mo aquel heróico Gonzalo Armas, de quien cuenta la leyenda que fué el primero que llegó con su lanza a los castellanos en la memorable batalla de Aljubarrota, cumpliendo lo prometido el domingo de Ramos, víspera de aquel inolvidable hecho de armas.

Y si en vez de una semblanza, breve, sintética y modesta, me propusiera escribir un minucioso historial biográfico, podría citaros una multitud de nombres esclarecidos que engarzan, con el Duquesado de Plasencia y aquel coloso de los mares que se llamó Gonzalo Bello Cadrao, recuerdos y tradiciones imborrables, al escudo de la casa de Villasboas, emparentada con la más rancia nobleza española, entre cuyas representaciones más ilustres descuella el marquesado de Santillana.

El conde actual de Villasboas, no a usanza de aquellos aristócratas que duermen sus ocios en el lecho muelle y rosado de sus títulos, sino a la manera de los caballeros de la grandeza sajona, quiso esmaltar sus timbres de familia con timbres propios, ganados en la noble profesión de las armas, y en la Armada portuguesa figuró como teniente de navío durante más de veinte años, hasta octubre de 1910, en que fué proclamada la República. Entonces, abandonó la carrera y emigró a España.

Uniéronle al difunto Rey D. Carlos y al destronado Monarca D. Manuel, lazos de amistad muy cordial. Este último, apadrinó, con su esposa D.ª Augusta Victoria, a una de sus hijas, nacida aquí, en la ciudad del Sacramento. Fué gobernador civil de la provincia de Zambezia, en Ultramar y allí dejó memoria indeleble de su gestión política y de las excepcionales dotes personales que le adornan. Después, tomó parte en cinco campañas coloniales y en ellas conquistó legítima reputación de bravo militar, de insuperable patriota. Los grandes servicios prestados entonces a la causa de la metrópoli, valiéronle condecoraciones honrosísimas. Posee varias medallas conmemorativas de aquellas sangrientas guerras y es caballero de la antigua y noble Orden de Torre e Espada, del valor, lealtad y mérito.

Toda su historia es grande, como escrita, al fin, dentro de la grandeza misma, esculpida en las páginas de una vida ejemplar, que pasará a la posteridad entre nimbos de gloria. Su pasado se enlaza con su presente.

El conde de Villasboas y conde, además, de Albellos, título que no usa, es el prototipo del caballero medioeval; caracterízanle la arrogancia generosa, la noble altivez, el erguido gesto, del hombre que pasa por la vida sin doblar la cerviz, sin inclinar la frente, llevando en su espíritu el íntimo consuelo, la confortante satisfacción de quien todo lo sacrifica en aras del ideal.

Veamos lo que acerca de él ha escrito, en agosto último, un importante periódico lusitano: «Folha da Manha»:

«Valiente Oficial de la antigua Armada Real Portuguesa, héroe de Africa e hijo muy ilustre de Barcellos. Honró siempre a su patria y a las tradiciones nobles de la familia de Fernando de Magallanes, de esta villa, de que es hijo muy digno e ilustre.

»En Comisión desempeñó el lugar de Administrador de este Concejo, donde demostró sus grandes iniciativas. Fué S. E. quien a nuestras fiestas de Cruces trajo el brillo y la grandeza de las «paradas agrícolas», las más importantes de que hay noticia en el país.

»Con ocasión de la visita del Sr. D. Manuel II a Barcellos fué incansable en hacer destacar la importantísima recepción con que el pueblo de este Concejo recibió al augusto personaje. Es una voluntad inteligente y una energía llena de méritos.»

Nada podría decir la tosca pluma del semblancista que no esté sintetizado en las líneas que copio del periódico portugués. Ellas le retratan de cuerpo entero.

Durante su paso por la Alcaldía de Barcellos, adonde fué llevado por nombramiento real, se ha iniciado una era de progreso agrícola y ganadero que le acreditan de hombre de su época, atento al estudio de los grandes problemas del día, en que descansa el porvenir de los pueblos.

¡Lástima que los acontecimientos de su país le hayan obligado a emigrar a España! Pero, en fin, a Es-

paña vino. Al proclamarse la República, el Marqués de Santillana, con quien le unen lazos de amistad estrecha, trájole a su lado, confiándole la dirección de sus negocios y la administración de su cuantiosa fortuna.

Realizando importantísimos trabajos topográficos ha recorrido una gran parte de la nación española, y hoy reside en Lugo, donde en muy poco tiempo logró abrirse un campo de relaciones muy distinguidas.

En Lugo casi se le tiene por un lucense. En torno de su figura convergen los respetos de cuantas personas le conocen y se honran con su amistad y con su trato.

Su carácter afable y bondadoso, sus portes aristocráticos, principescos; sus maneras, rebosantes de una distinción suprema; la agudeza de su ingenio, la sugestiva dulzura de su palabra, lo culto, discreto, interesante y ameno de su charla, la cortesanía exquisita que destilan sus palabras y sus gestos, hacen del Excmo. Sr. Conde de Villasboas, una figura digna de la admiración de todos.

Don César Abellás y Vázquez

Tengo ante mi un extenso pliego de notas biográficas, que debo a una mano amiga. En ellas se halla compendiada la historia brillantísima, la historia admirable y grandiosa de este preclaro hijo de Galicia que enaltece y dignifica con su nombre el nombre adorable del terruño. Renuncio a tomar de esas notas más que aquellos sucintos detalles que trazan la síntesis de su personalidad, ofreciéndonos el vigoroso relieve de una vida consagrada a las luchas del saber y al ejercicio de la virtud.

Hijo de Carballino, pintoresca villa de Orense, nacido y educado en el seno amante de una familia rígidamente cristiana, deslizóse su infancia en la plácida quietud de un bello vivir solariego. De allí pasó a la ciudad, a la callada y romántica ciudad de las Burgas, en cuyo Seminario Conciliar cursó los estudios de la carrera eclesiástica, en la que cuenta por asignaturas los *meritísimus* y los premios. A patir de aquella fecha, su vida es una serie no interrumpida de triunfos. Obtiene en el Seminario Central de Santiago la investidura de los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor en Sagrada Teología; recibe seguidamente el Orden del Presbiterado con dispensa Apostólica de Título de Patrimonio; poco tiempo después, el ilustre Prelado Sr. Carrascosa, nómbrale su familiar con destino a la Secretaría de Cámara y Catedrático del Seminario de Orense, en el cual desempeñó diversas cátedras, poniendo de manifiesto en todas ellas su prolija cultura y sus raras excepcionalísimas dotes para la enseñanza, Con la calificación de sobresaliente, obtiene el grado

de Maestro elemental en la Escuela Normal de Orense, y al mismo tiempo, en el Instituto general y técnico de la misma ciudad, el título de Bachiller en Artes. El Círculo Católico de Obreros, nómbrale *Director espiritual*, y, pocos meses más tarde, es elegido Secretario 1.° del Consejo Diocesano de Corporaciones Católicas Obreras. En 1906, y tras oposición renidísima, obtiene la Magistralia de la Catedral de Lugo y dos años más tarde, el inolvidable Prelado Sr. Murúa, nómbrale Rector del Seminario conciliar de dicha ciudad, cargo que ejerció con singular acierto y que desempeñó hasta poco después de haberse posesionado de esta diócesis el Sr. Basulto. Entre las muchas distinciones que ha obtenido, figuran las siguientes: Examinador pro-Sinodal de este Obispado, miembro del Consejo de Vigilancia, vocal de la Junta provincial de Instrucción pública en concepto de Delegado Diocesano; confesor extraordinario de Religiosas; consiliario de la Junta Diocesana de Sindicatos Agrícolas y vocal de la de Reparación de templos; socio correspondiente de la Real Academia Gallega y Catedrático de Oratoria Sagrada y Teología Apologética en el Seminario de la Ciudad del Sacramento. Formó parte de varios Tribunales de oposiciones, y es honra del Cabildo lucense, donde se le admira por sus talentos y se le respeta por sus virtudes. Es sacerdote ejemplarísimo, verdadero modelo de ese clásico Ministro del Altar, augusto y venerable, que es gloria y prez de la Iglesia Cristiana. Es humilde, sin fingimientos de mansedumbre artificiosa. Todo en él respira sencillez y bondad, todo atestigua esa grandeza de alma que evoca las santas figuras del Evangelio.

Como intelectual, su fuerte es la oratoria sagrada. En España, le superarán muy pocos; en Galicia no le iguala ninguno. Tuve el honor de escucharle en ocasión muy reciente, y he de rendir culto a la verdad confesando mi asombro ante aquel derroche de erudición, aquel fenómeno de dialéctica y aquel verbo portentoso, que enciende las grandes emociones artísticas en el alma de los auditorios.

No en vano ha merecido ser designado por la junta

Organizadora del Congreso Eucarístico Internacional que se celebró en Madrid el año 1911, para predicar en la iglesia parroquial de San Marcos durante una de las comuniones generales. No en vano recibió de la junta directiva del Congreso nacional de Terciarios Franciscanos, 'celebrado también en la Corte, en este año, el encargo de pronunciar el discurso final de las sesiones generales en San Francisco el Grande, en cuyo Congreso tomaron parte los colosos de la elocuencia cristiana en España. No en vano se le nombró en reciente fecha *capellán de honor y predicador de S. M.* Y a todo esto únase la multitud de discursos circunstanciales que tiene publicados, entre ellos, la oración fúnebre del Sr. Murúa, impresa por acuerdo y a expensas del Exmo. Ayuntamiento de Lugo, y el que pronunció sobre *la Virtud* y *el Trabajo* en el Teatro-Circo de esta ciudad en el Certamen organizado por la «Liga de Amigos» con motivo de los festejos de Corpus del año 1913, que mereció de esta popular Asociación iguales honores que el anterior. ¿Qué mayores títulos, qué más grande ejecutoria como orador sagrado?

El Sr. Abellás y Vázquez es, además, un escritor brillantísimo. Su vasta erudición corre parejas con la galanura insuperable de su estilo. Colaboró en prosa y verso en muchos de los más significados periódicos españoles. Es un enamorado de todo lo que significa arte, belleza, exquisitez del sentimiento. Por eso ama la literatura y la música con verdadero enamoramiento de artista, de gran artista.

Es joven; esto augúrale un porvenir brillantísimo dentro de la carrera. Bien lo merece, por cierto, quien por su virtud, por sus personales dotes de caballerosidad y distinción, por el altísimo ejemplo que encarna en el seno de la sociedad actual, pasa por el mundo recogiendo simpatías, cosechando afectos y respetos.

Este es D. César Abellás y Vázquez.

Don Arsenio Castrillo Alonso

Es leonés. Y no hace falta que exhiba la partida de nacimiento para conocer su origen. Llévalo estampado en el rostro. Franco, expansivo y jovial, delata, sin esfuerzos de observación, el alma fuerte y viril de aquella tierra, el sano optimismo de aquella raza, el temple heroico de aquellos espíritus elevados y ecuánimes que parecen forjados en la rudeza misma de la montaña.

Hijo de aquel histórico mundo de nobles y guerreros, lleva en la frente la altivez caballeresca de la tradición y dentro del pecho el tesoro inagotable de la vieja hidalguía española. Es el tipo modelado del perfecto caballero español.

De su historia tengo datos muy sucintos que debo a referencias incompletas. Es hoy Notario en la vecina villa de Castroverde, y antes fué inteligente y probo funcionario de Gobernación, de Hacienda y de Fomento.

En estas líneas se condensa su historial, muy prolijo para analizarlo al detalle.

Dejemos aquí al Notario y al funcionario público, y escrutemos brevemente en su personalidad, mirándole al través de otros prismas.

Castrillo Alonso es un escritor brillante y un poeta fecundísimo. De los entusiasmos de su juventud conservan recuerdos gratísimos muchas importantes publicaciones españolas, desde el diario político, de labor accidentada y vertiginosa, hasta la revista literaria, de atildada forma, de escrupulosa factura. Domina como pocos el estilo festivo; es su fuerte. «Madrid Cómico» ofrecióle ancho campo durante años. «El Duende», de León, honróse largo tiempo con su firma. En Vallado-

lid fundó y dirigió periódicos festivos y satíricos y más tarde fué un colaborador asiduo y un amigo entrañable de Pepe Estrañi, a quien dedicó unas admirables quintillas con motivo de cierto ruidoso procesamiento.

Su paso por el mundo va dejando un perfume de grandeza: la grandeza de la bondad y del talento. Su porte distinguido, su cultura y su hombría de bien, hánle granjeado el cariño y el respeto incondicional de cuantos le tratan.

Ilmo. Sr. D. Joaquín Otero y Bárcena

Lectores, ¿quien de vosotros ha olvidado aquella memorable campaña del gobernador civil de Huesca contra la blasfemia? ¿Quién no recuerda los animados comentarios y las sinceras alabanzas, que ha merecido de toda la prensa española? Pues aquí tenéis al héroe de aquella lucha; el ilustre hombre público cuyo nombre encabeza estas cuartillas.

Preguntad en Santiago de Compostela, y os dirán que el Sr. Otero y Bárcena es el nervio y la vida de todo lo que significa progreso y libertad para su pueblo, para aquella vieja ciudad de rancio abolengo en la historia de la cultura gallega, acaso de la civilización española; y esto os lo dirán a coro los santiagueses todos, sin diferencia de clases ni distinción de matices, porque para hombres como Bárcena no se han hecho ni las distancias sociales que el orgullo vanal engendra, ni los rencorosos enconos que el batallar de la política activa fomenta.

Es amigo leal, consecuente y entrañable de la familia Gasset, y a su lado milita sin restricciones cobardes ni amoldamientos artificiosos. Es liberal de pura cepa, liberal de arraigada extirpe, liberal antes que todo, y al servicio de los principios que son los síntesis y el compendio de su vida, pone a contribución cuanto puede poner un hombre honrado: ideales, prestigios, relaciones e intereses.

Es letrado distinguidísimo, de lo más distinguido y saliente de Galicia. Su notoriedad en el foro corre parejas con su reputación en la vida pública, como hombre de voluntad resuelta, de acción decidida, de recio

temple de luchador brioso, pero de espíritu recto, inflexible, severamente disciplinado. Hombre de apostura gallarda, de verbo cálido y sugestivo, de exquisita distinción en su porte, de trato afable, franco, jovial y expansivo, tiene ese don especial de atracción, que le hace descollar con vigoroso relieve sobre el nivel común de las figuras improvisadas por la popularidad de un día. Lo que es, responde a una madura labor de preparación educadora y a un hondo proceso de elaboración psicológica. Político de altura, hay que estudiarle frente a los grandes problemas de la gobernación del Estado. Las luchas menudas de la politiquilla casera, le repugnan; las ruindades y vilezas del caciquismo absorvente, le asquean. Su puesto está en la vanguardia. Es el caudillo.

El Sr. Otero y Bárcera adora a Galicia, y, sobre todo, a Santiago, su tierra. Durante su etapa de diputado provincial por Noya-Muros, puso bien de manifiesto ese cariño, y a él corresponden sus paisanos con un sentimiento de respetuoso afecto y de admiración devota.

Cuando brille en los horizontes gallegos la aurora risueña de mejores días; cuando los progresos del siglo cristalicen en nuestros moldes sociales, la historia de las redenciones patrias guardará un nombre ilustre: el del Ilmo. Sr. D. Joaquín Otero y Bárcena.

D. Luís García Jarabo

Quedan pocos hombres como él, de su temperamento, de su estética, muy pocos. Cuéntese que no hablo de vulgares jerarquías sociales, porque otras jerarquías más elevadas y más nobles marcan y establecen las diferencias entre los hombres: las jerarquías del espíritu. En este orden de preeminencias, es un verdadero aristócrata, con ese alto y delicado aristocratismo que mezcla a las grandezas del origen y de la sangre las naturales virtudes de un alma enamorada de la belleza y de la bondad.

Valenciano de neta enjundia, de pura casta, refleja en sus portes la caballerosidad innata, la hidalguía prototípica de las gentes de su tierra. Es una de aquellas psicologías admirables, por lo sencillas y hermosas, que acertó a definir, cual ninguna otra, la pluma excelsa de Blasco Ibáñez; una de aquellas figuras nacidas y modeladas bajo el sol radiante de los cielos levantinos y entre el perfume suave y exquisito de los naranjales.

Conozco a D. Luís de hace días, pero imagínome ligado a él por un trato remoto y una amistad antigua, y es que en su palabra y en su gesto hay algo de atracción secreta, de sugestión misteriosa, indefinible, pero subyugante, que obliga a despertar en el fondo del alma devociones y afectos, que mueve el resorte de ese tesoro de efusiones santas que todos los hombres llevamos oculto en el corazón y que se abre a la vida cuando lo evoca la voz de un espíritu hidalgo, de una

conciencia recta, sin dobleces, sinuosidades ni repliegues.

Esto es él; todo sentimiento, todo efusión, todo generosidad y hombría de bien. No es posible conocerle, sin que un impulso instintivo nueva a estrechar su mano, aquella mano amiga que se tiende siempre con un franco ademán de cariño sincero y devoto, como no suelen tenderse muchas manos que uno estrecha por el mundo, ofrecidas en ademán friamente cortés, artificioso y banal.

Si le oís hablar, experimentaréis la sensación grata con que rozan el espíritu las expansiones confidenciales. Es quedo y mesurado en el tono, galante en la expresión, delicado, exquisito en el gesto y siempre afable, cariñoso, atentísimo, como suelen serlo los que por experiencia y años se erigen en consejeros y maestros de los que vivimos esa apariencia rosada que nos ofrece la vida, hermosamente engañadora y falaz.

Bigotes enhiestos, a lo Kaiser; ojos que derrochan luz, que hablan el lenguaje mudo de las almas que sienten mucho y muy hondo; labios que se pliegan en un rictus de alegría bohemia o se entreabren en sonrisa de abandono y de perdón, tiene su rostro el sello mundano del hombre que define Villaplana como tipo de indiferencia, de alegre desdén, por los cascabeleos del artificio social.

Natural y sencillo, ni recuerda los títulos de nobleza que esmaltan su apellido ni evoca los privilegios que la posición otorga, para brindar su amistad desinteresada y noble a cuantos han estrechado una vez su mano. Es el prototipo del caballero, del hidalgo, del clásico español, generoso, abnegado y altruista.

D. Manuel Vidal Valente

Licencióse en Derecho civil y Canónico, en la Universidad Compostelana en 1892.

Ejerció la profesión y desempeñó un importante cargo en la Administración de Justicia Municipal hasta 1895, en el que hizo renuncia del mismo para ingresar al servicio del Estado como oficial de cuarta clase de Hacienda, destino que—por su afición a los estudios económicos, en los que se distinguió en su carrera, obteniendo por oposición entre otros, premios y diplomas de honor en Economía Política y Hacienda Pública—prefirió a otro que en Gracia y Justicia le brindaba su amigo y protector, el malogrado e inolvidable patricio D. Raymundo Fernández Villaverde.

En 1902 ascendió a oficial de primera clase de la Intervención de Oviedo, de cuya provincia fué nombrado Administrador especial de Rentas Arrendadas en 1903, cargo que desempeñó hasta 1909, en que fué ascendido a Jefe de Negociado de tercera clase, Tesorero de Hacienda, Jefe de la oficina de Recaudación y Caja de la provincia de Lugo, puesto que actualmente ocupa.

Por designación de los Jefes Superiores de la Administración Central, ha prestado varios e importantes servicios especiales, entre los cuales merecen citarse: el de restablecimiento de la verdadera riqueza rústica y urbana, apendizada y repartida en el término municipal de Albacete, durante el quinquenio de 1893-98, que aparecía indebidamente alterada, trabajo cuya realización dirigió al frente de una Comisión de funcionarios nombrada al efecto, que mereció la aprobación de la

Inspección General de Hacienda que lo dispuso, y le valió el ascenso a oficial de tercera clase, Secretario de la Comisión de Evaluación de dicha capital; el planteamiento del servicio relativo al impuesto de 1 por 1000 de Timbre de negociación en la provincia de Lugo, a cuyo fin fué nombrado en ella Inspector general de los servicios del impuesto sobre valores mobiliarios por Real orden del Ministerio de Hacienda fecha 29 de octubre de 1900, siendo oficial de segunda clase en la Intervención de la misma provincia.

Abogado del Estado, sustituto, en la Audiencia de Vitoria y Oficial Vista de Aduanas en la Delegación especial de Alava, nombramientos confirmados por las Direcciones generales respectivas, con ejercicio de ambos cargos.

Desempeñó asimismo por nombramientos de las autoridades económicas, la inspección de la Contribución de Utilidades, Cédulas, Consumos etc., en casos particulares de verdadero interés para la Hacienda y fué encargado de la formación del Catálogo de Sociedades de Asturias, inscritas en el Registro Mercantil, en el cual haríanse constar todos los datos relativos a su constitución, capital, acciones u obligaciones etc. interesantes a los efectos tributarios, por cuyos trabajos ha recibido repetidas pruebas de estimación y aprecio que constan en laudatorios oficios.

Es colaborador de «La Revista de Hacienda» en la cual ha publicado valiosos artículos sobre la imprescindible reforma de algunos tributos y la simplificación de servicios y sostenido largo tiempo activa y razonada campaña en pro de la reorganización de la carrera económico-administrativa, de la dignificación del personal al servicio de la Hacienda y armonía de su dotación con las necesidades, siempre crecientes, de la época, haciendo un estudio comparativo de la situación del empleado en las principales naciones de Europa, para demostrar la injusticia de la inferioridad social que padece el funcionario español, mereciendo por ello cariñosos plácemes de ilustrados y distinguidos compañeros.

Miembro de la Junta Poética Malacitana.

En los Juegos florales celebrados en la popular Sociedad «Círculo de las Artes» de Lugo, en 1901, obtuvo en colaboración con D. Roberto Pedrosa, el premio concedido por el Ministerio de I. P. y Bellas Artes sobre el tema: «Medio para fomentar en Galicia el cultivo de la pintura y del dibujo. Plan o sistema de educación en relación con dichas artes» por las cuales siente verdadero entusiasmo, especialmente por la interpretación del paisaje de nuestra región y de la asturiana, de las cuales ha obtenido del natural regular número de apuntes y bocetos al óleo, que él, modestamente llama estudios, pero que exceden mucho de la categoría de tales.

Habla varios idiomas, cuyo estudio cultiva, y es gran aficionado a la Filatelia, una de sus distracciones predilectas, en particular cuanto se refiere a las *emisiones* de Iberia continental, de cuyos *sellos* posee una casi completa y valiosa colección de selectos ejemplares.

Hállase en posesión de la Medalla de plata y distintivo de Alfonso XIII.

En suma, es un funcionario público movelo, un artista distinguidísimo, un caballero intachable y un excelente amigo.

D. Juan Fuentes García

Lleva un apellido ilustre en la política y en la Banca. Su firma goza de franca y sólida reputación en España y en el extranjero. Su buen padre, aquel orensano que supo elevarse con su talento y con su fortuna a la altura de las más relevantes figuras de Galicia, ha sido el fundador del importantísimo centro bursátil que operó bajo el nombre de Juan Fuentes Pérez y que hoy agranda y extiende su círculo de relaciones al amparo de los grandes prestigios conquistados por su hijo en la lucha inteligente y audaz de las altas especulaciones comerciales.

Su padre fué un liberal entusiasta, uno de los brazos más vigorosos que han contribuído a la propulsión del liberalismo gallego. Desempeñó cargos de gran significación social. A la alcaldía de Orense llevó en ocasiones diversas las iniciativas de su espíritu, el vigor de su mentalidad y los timbres de su reputación. Su hijo es continuador de aquella obra feliz. En política, un modelo admirable de constancia, un espejo de rectitud en los principios y en los procedimientos, un verdadero enamorado del ideal, un puritano del pensamiento, de la doctrina, y cuéntese que hay pocos. Figura en el partido liberal-conservador por arraigada convicción de su espíritu, por ese algo que va desapareciendo de la política moderna: la idealidad, el amor abnegado a la causa. En el mundo de los negocios, encarna la verdadera estética del luchador infatigable. Su nombre es en todo momento una garantía de éxito. Su personalidad, el exponente de un prestigio no superado por nadie.

Dentro de la vida local orensana, podría decirse de el—si la figura valiese—que es el corazón del pueblo, puesto que es centro donde convergen los respetos, las simpatías y los afectos de todos. Preside la Junta directiva del Liceo, es diputado provincial, fué alcalde y comisario regio de Agricultura, Industria y Comercio; ostenta la representación del conde del Moral de Calatrava, con quien le unen vínculos de amistad muy estrecha, y es, en suma, algo así como el brazo derecho del jefe de la política conservadora de Orense, del Sr. Bugallal, que le ha otorgado su confianza absoluta y le distingue con un afecto entrañable, casi fraternal.

Y bien merece todo esto, ciertamente, el Sr. Fuentes García. Prototipo de la caballerosidad, de la hombría de bién; generoso, hidalgo, protector del desvalido, entusiasta de toda obra grande, benéfica y altruista, constituye el verdadero símbolo de la bondad. Fino, delicado, atento y solícito en su trato, verdadero aristócrota en sus maneras, es la reprodución acabada de aquellos viejos señores castellanos que han conformado el troquel del clásico españolismo.

Don Enrique Freire Marquina

Mis primeras referencias acerca de él, datan de la época en que desempeñaba el Juzgado de 1.ª instancia de Mondoñedo. Entonces intervino en causas ruidosas, en todas las cuales dejó marcadas las huellas de su rectitud acrisolada, consolidando su reputación y sus altos prestigios como administrador de la Justicia.

Sé de él muy poco, y lo lamento, porque su personalidad es de las que brillan con esplendor propio, inconfundible; su biografía, es una de las ejecutorias más honrosas que esmaltan la historia de la Judicatura española.

Puedo deciros únicamente, que es coruñés, que en Pamplona, primero, en el Colegio de Escolapios de Celanova, después, y en el Instituto de Oviedo, por último, hizo con aprovechamiento notorio los estudios del Bachillerato; que en la Universidad ovetense cursó la carrera de Derecho, obteniendo siempre las más brillantes notas; que ejerció la carrera en Santiago durante cinco años y cuatro en la Coruña, donde más tarde desempeñó el Juzgado Municipal y el cargo de Relator-Secretario interino de la Audiencia. Seguidamente se fué a Madrid, ingresó en Fomento y figuró durante tres años como oficial de un Negociado en el Ministerio de este ramo. Y luego...

Luego, la Judicatura, su verdadero campo, su horizonte, su círculo de actividades y energías, por que es indudable que en el Sr. Freire Marquina campean especialísimas predisposiciones para la carrera judicial.

Desempeñó Juzgados varios ¿a qué citarlos? Impor-

tan poco los nombres. Lo importante es la gestión realizada en ellos y esta gestión es, en el actual Juez de Instrucción de Lugo, un timbre de legítimo orgullo, de grande y merecida popularidad.

No se trata de un espíritu pegado a los rutinarismos de la forma, del procedimiento, de la letra escrita en los Códigos. Se ciñe a ellos, mientras cumple, como funcionario, los preceptos rígidos del Derecho constituído; pero se eleva por encima de los formalismos rigurosos cuando estudia, cuando analiza, cuando diseca en la complicada anatomía del organismo social, como criminólogo eminente. Porque sin desdeñar, ni mucho menos, el Derecho Civil, téngase presente que la orientación más definida y acaso la vocación más arraigada de su espíritu, es la criminalogía. Esto, como científico, como hombre de estudio. Como Juez, la rectitud, el cumplimiento exacto y escrupuloso del deber. Sin ser cruel, es severo, y sin ser débil, es benévolo. Tiene su espíritu ese temple delicado y sutil que se forja en el estudio del mundo, de las gentes, de esos múltiples estados sociales que constituyen el vasto diorama del Derecho Penal. De ahí, la aureola de general prestigio que le rodea, aureola justísima que testimonia sus altos merecimientos, puestos de relieve más de una vez en documentos oficiales que adornan su hoja de servicios. Recuérdese, como prueba, su actuación como Juez especial en delitos electorales del distrito de Becerreá, que le ha valido gracias muy expresivas de la Sala por los brillantes servicios prestados a la acción de la Justicia.

Fué también periodista el Sr. Freire y Marquina. Colaboró en importantes diarios y en reputadas revistas profesionales, logrando en este aspecto de su vida, un predicado francamente envidiable.

Y si a esta altura supo elevarse como funcionario probo y como intelectual distinguido, no desmerece de ella, ciertamente, como ciudadano, como caballero y como amigo.

Es todo corrección, todo hidalguia y todo lealtad.

Nada más puedo deciros de él.

Don Laureano Macía Valcárcel

En la carrera noble de las armas conquistó el señor Macía reputación muy envidiable. Es Comandante del Cuerpo de Ingenieros, y aunque ama la profesión con ese amor santo que encienden en el alma las grandes vocaciones, pospone sus triunfos y desdeña sus timbres ante el culto de un ídolo que de viejo encarna la historia de sus pasiones favoritas, de sus afanes predilectos.

El año 91, salió de la Academia como Teniente de Infantería, sirviendo primero en Pamplona y después en el Batallón de Telégrafos, en Madrid. Marchó a Cuba el 95, donde tomó parte en toda la campaña, realizando actos que le han valido preciadísimas recompensas. Posee la Gran Cruz de María Cristina y y varias Rojas del Mérito militar. De regreso en España, sirvió en la Comandancia de Ingenieros de Valladolid. Después, obtuvo la excedencia y se fué a sus magníficas posesiones de Saavedra, y en Saavedra vive.

Es hijo de una rica y noble familia de Viana del Bollo (Orense); y, como buen gallego, profesa un amor de idolatria a la patria chica.

Conoce sus problemas, estudia sus necesidades, y lo que otros teorizan vanamente en la tribuna y en la cuartilla, él lo resuelve en el campo, sin alardes, sin exhibiciones, con ese laborar silencioso que trae a la memoria el recuerdo de tantos benefactores inmortales de la humanidad. Es un verdadero patricio, que sabe rodearse del silencio amable en que germina toda obra práctica, toda labor eficaz y positiva.

Saavedra es un rincón pintoresco de la montaña. No llegan hasta él los ecos de la farsa valdía que viste a la sociedad de carnaval perpétuo; en su torno late la

vida del trabajo, palpita el espíritu de la virtud y del progreso.

En sus inmensas propiedades, puso el Sr. Macía el sello de su actividad y de su genio. Montes yermos, campos estériles y áridos carcajales, vénse hoy convertidos, gracias a su inteligente esfuerzo, en predios valiosísimos que enseñan como puede redimirse de sus miserias el pueblo gallego.

La agricultura es la primera y la más arraigada de sus pasiones. Siente por el campo el mismo cariño que el aristócrata por el placer holgado de sus fiestas.

Pero no busca en el campo la vida sedentaria del parásito. Los refinamientos más costosos de la industria moderna, aplicable a los progresos agrícolas, tienen en él un propagandista fervoroso y entusiasta. Y por defundir esos progresos y destruir les moldes rutinarios que conforman la vida del campesino, lucha con todos los encendidos entusiasmos de un apóstol.

¿No te parece, lector, que si otros muchos no tuviese, bastaría este solo título, ciertamente excepcional entre nosotros, para justificar el sentimiento de respeto sincero y de admiración devota que a todos inspira?

Son pocos los hombres que como Macía y Valcárcel, saben renunciar al puesto brillante que el mundo les otorga para consagrarse al vivir anónimo del obrero.

Hombre de carácter reservado, no quiere que su obra se desenvuelva en un ambiente de popularidad fomentada al amparo de personales halagos. Está más alto su ideal. Por eso lo calla. Y esta modalidad especial de su estética, puede considerarse como signo distintivo, como rasgo característico de su personalidad. Modesto en su trato, correcto y distinguido en sus maneras, caballeroso en sus portes, puede tomarse por modelo de ciudadanos. Detesta la charlatanería altisonante y huera; ama la sobriedad como todo hombre habituado a mirar al fondo real de las cosas. Es de los que estudian, de los que ahondan en la psicología de las personas, prescindiendo de las palabras, ¡Tienen tan poco valor las palabras cuando el pensamiento las traiciona!

D. Rodrigo de la Peña

Cuando yo le conocí, era Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Lugo. Diferencias políticas colocáronme entonces enfrente de su gestión. Era en aquellos tiempos de virulentas campañas y enconados antagonismos de bandería, que, por fortuna, van dejando paso a las corrientes conciliadoras de que ha menester toda ponderación de voluntades y todo equilibrio de fuerzas.

Y acaso aquella circunstancia misma, el haber combatido su actuación política, púsome en camino de apreciar, en su valor inmenso, las dotes de civismo que le adornan: su cultura, su talento, su abnegación y su constancia. No sería posible discutirle estas cualidades sin incurrir en injusticia notoria.

Es un liberal de vieja estirpe. Uniéronle vínculos de amistad muy estrecha al malogrado jefe del liberalismo lucense, Sr. Quiroga Ballesteros, y al lado de él y por su causa, luchó sin fatigas ni desmayos desde sus primeros pasos en la vida pública de la provincia.

Como Alcalde, tuvo siempre una visión altísima de los intereses del municipio. No lograron emponzoñar su espíritu las pequeñeces del politiqueo menudo. Administró con rectitud y fué siempre un defensor de toda iniciativa noble, un amparador generoso de todo pensamiento grande. Supo establecer con entereza y con tacto, la diferencia que media entre la investidura oficial y la significación política.

En el Ayuntamiento tuvo amigos y adversarios, pero enemigos, no. No podía tenerlos quien se esforzaba en servir y complacer a todo el mundo, siempre dentro del deber y de la justicia.

Es abogado distinguidísimo. Ejerce la profesión, cosechando envidiables prestigios. En la Diputación provincial, representa el distrito de Lugo, siempre fiel a su historia, siempre atento al cumplimiento de los viejos compromisos de su partido. Es de los que van a aquella casa con la fe inquebrantable en los principios y llevan a ella todo el calor de sus iniciativas, ofrendadas en el ara del bien público.

Es hombre serio, pero sencillo, natural, sin afectación; demócrata convencido y amante de la cultura y del progreso. Es de los que desearan ver convertida a España, al igual de Joaquín Costa, en una gran despensa y en una inmensa escuela.

Modesto, hasta rayar en la humildad. Atento y cortés con todo el mundo, no sabe que para cada categoría de gentes se ha establecido una categoría de gestos y de palabras. No conoce las rudezas del ademán ni las asperezas de la frase.

D. Antonio Osés Mozo

Veterano militar, pundonoroso y leal servidor de la patria; alma sencilla, enamorada de la verdad, como troquelada, al fin, en los moldes de las grandes disciplinas.

Conozco muy poco de su historia en la carrera de las armas; pero conozco lo bastante para diputar justa y merecida la aureola de general respeto, el sentimiento de popular estimación que le acompaña en su paso por la vida.

Era cadete de Infantería a los 17 años, ingresando en el Batallón de Cazadores de Baza, que marchó a Cuba como voluntario. De su comportamiento brillantísimo en la campaña, es elocuente testimonio su hoja de servicios. Tomó parte en más de 70 acciones, acreditando en todas ellas el arriesgado valor que caracteriza a los descendientes del Cid.

Regresó a España de Capitán con grado de Teniente Coronel y varias estimables condecoraciones; pero al surgir el segundo levantamiento de Maceo, marchó nuevamente a las Antillas, figurando otra vez en renombrados hechos de armas. Después, figuró en los regimientos del Príncipe e Isabel la Católica. Poco después de su regreso de la segunda guerra de Cuba, ascendió a Coronel, estableciéndose en Madrid primero y en Lugo después. Desde el año 11, está retirado.

No es lucense, no es gallego siquiera, y sin embargo, quiere a Lugo y a Galicia con afecto acaso bastante más hondo y más sincero que muchos de esos modernos apóstoles que en la tribuna, en la prensa y en el libro entonan cantos falaces de amor al terruño. Pre-

cisamente por eso le queremos y estimamos todos; porque es un espontáneo y abnegado defensor de intereses que en nada le afectan como no sea en el noble y desinteresado sacrificio que por ellos se impone.

Fué llevado al Ayuntamiento por sentido tributo de justicia a su talento, a su independencia, a su rectitud, a su civismo insuperable, y dentro del Ayuntamiento, como concejal y como Alcalde, ha marcado con huella indeleble su gestión, combatiendo repugnantes minucias caciquiles en tiempos en que la sierpe del caciquismo infeccionaba el ambiente de aquella casa; imprimiendo siempre a la acción del municipio un sello de altura, llevando a todas partes el esfuerzo de su voluntad incansable.

D. Antonio Osés Mozo es un amigo de todos. No es político. Ideológicamente, puede compartir estas o las otras doctrinas, pero en el orden vulgar de las luchas de partido, conserva esa libertad de criterio y de acción que hace a los hombres dueños absolutos de si mismos.

No tiene, pues, enemistades ni desafectos. Por donde quiera que vaya, síguele el cariño y el respeto de cuantos le conocen. Es el prototipo de la modestia, uno de esos hombres que quieren pasar por el mundo sin ruido. Rehuye el aplauso y la lisonja, y si alguna vez le habláis de sus campañas en favor del pueblo, os contestará que nada significan ni a nada responden más que al cumplimiento del deber.

Es lo que se llama un espíritu íntegro, recto, inflexible.

DON BUENAVENTURA CAÑIZARES DEL REY

Sacerdote ejemplarísimo; modelo de todas las virtudes; ejemplo vivo de esa severa disciplina moral que informa el verdadero tipo del ministro del Altar.

Su estética personal no es compleja. Su porte, sus maneras, son la exteriorización de su personalidad íntima. Siempre es el mismo. En su espíritu no hay dobleces cuidadosamente veladas. Os habla con una seriedad impresa por igual en la palabra y en el gesto, pero seriedad no afectada; es una modalidad naturalísima de su carácter. Ríe poco; no fué educado en la escuela del artificio, pero el rictus que dibujan sus labios cuando ríe, no es lo que de ordinario significa la risa de los que ríen mucho: una mueca piadosa, que vela deformidades del espíritu, no; en él, es la expresión de una gran bondad, de una bondad inmensa, de esa bondad que la Religión inspira en el alma de sus apóstoles.

Desde el punto de vista intelectual, es el Sr. Cañizares, una de las principales figuras del clero gallego. Es joven, pero tiene una carrera brillantísima y un hermoso porvenir dentro de ella. Montañés de origen, quiere a Galicia, como si en ella hubiese nacido, la quiere con cariño entrañable, porque Galicia es el teatro de sus triunfos. En Galicia, en esta vetusta ciudad del Sacramento, cursó y terminó la carrera, obteniendo en ella las más brillantes calificaciones. En el curso académico de 1892-93, obtuvo, en reñida oposición, una plaza de Teólogo Clásico en la Academia de Sagrada Teología, desempeñando el cargo de Secretario de la misma durante tres años.

Más tarde obtuvo la Licenciatura en Sagrada Teología en el Seminario Central de Santiago; después fué

catedrático en el de esta ciudad, desempeñando distintas cátedras, y en Agosto de 1905, se posesionó del importante curato de Lalín, donde consiguió simpatías y arraigo excepcionales.

Ultimamente, hizo oposiciones a una Canongía vacante en la S. I. C. B. de Lugo, y el triunfo en ellas obtenido, es, como tuve el honor de escribir recientemente en un periódico local, un doble triunfo: el triunfo del saber y el triunfo de la justicia. Si alguien encuentra paradójico este concepto, lea entrelíneas. Digo el triunfo de la justicia, porque el Sr. Cañizares luchó contra los convencionalismos inveterados en el ambiente de ciertas esferas, y ha testimoniado, una vez más, que el valer, el verdadero valer, aquel que no responde a cascabeleos de artificio ni se cimenta sobre la influencia despótica de ciertas posiciones, se impone por sí solo.

El Sr. Cañizares, no necesita del esfuerzo ajeno para elevarse sobre el nivel ordinario. Tiene talento y juventud, es estudioso y bueno, y esto, que integra su verdadero retrato, le basta para triunfar.

D. José Pardo Baliña

Querido Pardo, ha echado V. a perder la carrera—le decía el ilustre Catedrático de la Universidad de Santiago, Sr. Comesaña, al terminar el examen de las 16 asignaturas, en cuya preparación invirtió ¡16 meses!

—Hice esto—replicaba Pardo Baliña—por enjugar lágrimas de mi padre. Y así era. Dolía al anciano don Paco, al viejo señor de Saa, que se descifrasen las iniciativas del talento y los arrestos de la juventud en las torpes vagatelas del vivir anónimo y sedentario. Sabía que ante su hijo podía abrirse un porvenir risueño y concentraba en ese ideal sus nobles afanes de padre.

Los estudios del Bachillerato, realizado en Lugo con matrículas de honor en artes y ciencias, atestiguaban sus aptitudes notorias para el estudio, y los primeros cursos de la carrerra—los tres primeros si mal no recuerdo—completaron el testimonio de lo mucho que de él podía esperar la abstrusa ciencia de la Medicina.

Después... ¡Qué sé yo! Después, dió descanso a los libros y fugóse de la cárcel severa de las aulas, remontando el vuelo al través del mundo americano como voluntario del Batallón del Principado de Asturias.

Cuanto tiempo duró esta correría alegre por las Antillas, no lo sé. Recuerdo sólo que volvió a España, que requirió nuevamente los libros y que por enseñanza libre obtuvo el grado de Licenciado en Medicina con la calificación de sobresaliente.

Qué uso hizo después de su título y de sus estudios, no es necesario que el lector me lo interro-

gue. Acompaña al Sr. Pardo Baliña una reputación sólida y un prestigio bien ganado en las nobles lides profesionales.

En Baleira, primero, donde fué médico municipal durante más de 11 años y en Fonsagrada, hoy, donde ejerce el cargo de médico forense, ha sabido elevar a muy alto parangón su nombre.

Es un amante del bien; eleva a la categoría de ideal la protección al pobre, el amor al desvalido.

No hay obra santa que no tenga en Pardo Baliña un apóstol; no se desliza ante sus ojos ninguna de esas miserias sociales que no provoque un extremecimiento en sus nervios; ¡en aquellos nervios que vibran en tensión contínua!

Políticamente, es liberal, amigo íntimo de Portela Valladares. Socialmente, regionalista, admirador de las doctrinas de Pi Margall, mucho más que de las de Alfredo Brañas.

Es gallego «and raxé». Profesa verdadero culto a los que, con Alfredo Vicenti, laboran por la región dentro y fuera de ella.

Amigo leal y sincero de sus amigos, desconoce lo que son los afectos condicionales y recelosos. Quiere a los demás con la sincera efusión de que es capaz su alma grande. No gusta de medias tintas. Es lo que pudiéramos llamar una voluntad y un carácter.

D. Jorge Quiroga y García del Hoyo

Espíritu abierto a toda bondadosa efusión del sentimiento, alma grande y noble de hidalgo; no a usanza de los tiempos clásicos de jerarquís y castas, sino al estilo de nuestros tiempos en que los hombres se aproximan y acercan en el abrazo supremo de la democracia.

Jorge Quiroga es un aristócrata de la sangre. Une le estrecho parentesco con familias de rancio abolengo en la historia de la nobleza española. Su apellido es la ejecutoria de una estirpe señorial, y a esa ejecutoria del origen, une otra que se cotiza a muy alto precio en el mercado de los prestigios sociales: la aristocracia de la intelectualidad. Su nombre va unido a un nombre glorioso dentro y fuera de las fronteras patrias: al de la eximia escritora, blasón excelso de la literatura nacional, D.ª Emilia Pardo Bazán.

Cuando se habla de Jorge Quiroga se evoca algo grande, puesto que alrededor de su figura se alzan otras figuras que van marcando una estela luminosa en su paso por la vida.

El sobrino de D.ª Emilia tiene, además, rasgos singularísimos que le caracterizan y le distinguen. Es, ante todo y sobre todo, un enamorado del bien, que es el más grande de los amores y la más santa de las virtudes. No son los años mozos, aquellos en que la vida ofrece rosadas floraciones de ensueño al través de reidoras mundanerías, los más propicios a esos hondos y bellos optimismos del espíritu.

Parece que cuando decimos «juventud» y más si esa juventud se desliza entre el fausto de las riquezas

y la aureola de las altas relaciones sociales, queremos decir «irreflexión», «frivolidad», «aturdimiento», pero este concepto no encaja en la personalidad del señor Quiroga, en cuya alma anidan exquisiteces y refinamientos que tal vez constituyen rebeldías dentro de la vulgaridad de nuestros moldes sociales.

Y es que él pasa por encima de esa vulgaridad con gesto altivo, pero sin estridencias, suavemente, como la gota de agua que resbala silenciosa sobre las pedregosas calvas de la peña arisca. Su propia figura le delata. Hay en su apostura las mismas arrogancias que en su espíritu. No se tiende hácia él una mano suplicante, que no sea recogida con gesto sinceramente bondadoso. Cifra su orgullo en el ejercicio de la caridad. Y la dispensa calladamente, sin artificios ni vanidosos alardes. Es modesto y sencillo. En sus relaciones particulares prescinde de títulos y pergaminos. Para todos tiene la sonrisa amable y la palabra cortés. Por eso le rodea un ambiente de generales simpatías y respetos. Por eso es para todos, para cuantos le conocen y le tratan, el linajudo aristócrata fundido en un modelo de la democracia moderna.

D. Hipólito Pillado

Prescindid de diccionarios; tomad la Verdad en su acepción más libre y más noble; no penséis en la Verdad metafísica, sino en la Verdad moral, y le habréis definido, le habréis retratado.

Su estética, os la delata su figura. Desconfiad de quien os excruta con la mirada oblicua, torva, recelosa, abrid el tesoro de vuestros afectos a quien os mira frente a frente, con el gesto audaz y la cerviz altiva.

A D. Hipólito Pillado le caracteriza un sello, y... no nos equivocamos los que hemos aprendido a juzgar en la escuela del mundo; es el sello en que se esculpen esas cualidades múltiples que en el lenguaje familiar y corriente, llamamos «hombría de bien.»

¿Su historia? No la conozco, ni el lector necesita conocerla ¿Para qué? ¿Trato yo, por ventura de biografiarle? No; atrás con los vulgarismos que congestionan el ambiente. Se dice más en una línea que en un historial completo de nombres y fechas. Y no siempre con historiar suben más a la superficie las cualidades ocultas ni adquieren mayor relieve los méritos contraídos en la gran lucha de la vida.

Con estos renglones seguro estoy de que hiero la modestia del Sr. Pillado, esa modestia sincera, hondamente sentida, que constituye su característica, su idiosincrasia, su manera personalísima de ser; pero incurriría en imperdonable pecado de omisión si no llevase su nombre a una de las páginas de mi modesto libro.

D. Hipólito Pillado es una de las figuras lucenses que más se agigantan a mi vista. Hombre de posición

independiente y de muy estimables relaciones sociales, pudo obtener cargos y lograr prevendas y conseguir mercedes, pero tuvo siempre en los labios un rictus desdeñoso para todas esas vanalidades del servilísimo ambiente. Hombre íntegro, mira siempre a la integridad de las cosas, y no les concede más valor que el que en la realidad de la vida tienen. Los colores y los barnices, no han logrado nunca ofuscar su retina.

Hace mucho que vive retirado. Hubo un tiempo en que llevó iniciativas al campo de la política, siendo propuesta su candidatura, de matiz republicano, para Concejal de nuestro Ayuntamiento, pero era demasiado grande su visión de la vida pública para que pudiese encerrarse en el mezquino marco que le ofrecen las corrientes actuales. Y abandonó la política, tal vez doliéndose de amarguras no merecidas.

En hermosa finca vive hoy, gozando esa íntima satisfacción que proporciona el recuerdo de un pasado honroso.

Luchó en América con todos los ahincos de una juventud vigorosa, y el éxito coronó sus esfuerzos. Hoy es uno de los más decididos propulsores de la industria gallega, y acaso el ruido de las poleas y el chirriar estrepitoso de las máquinas halaguen bastante más su oído que las notas melosas de la cortesanía aduladora.

Así es el Sr. Pillado: un espíritu hecho a las altas disciplinas de la inteligencia y de la voluntad.

Serio, distinguido, caballeroso, tiene, en cada hombre que le trata, un amigo entusiasta y sincero.

Don Teodoro Vega

Es uno de los pedestales recios, firmes, inconmovibles, en que descansa el porvenir de la España democrática. Enamorado impenitente de las libertades sociales, apóstol entusiasta de los ideales de redención, al servicio de esa España futura, grande y libre, pone cuanto tiene y cuanto vale, y cuéntese que es mucho lo que vale y lo que tiene.

Ciérnese en torno de su figura una aureola de elevados prestigios; y es que rivalizan para enaltecer su nombre, los tres elementos fundamentales de todo éxito humano: taleno, juventud y fortuna. Sé de él muy poco, pero sé lo bastante para justificar ese ambiente de popular admiración que le rodea: apenas rebosa los treinta años; es uno de los exponentes mejor definidos de la intelectualidad asturiana, tal vez no fuese hiperbólico decir de la española, y posee un patrimonio vastísimo. No hace falta más para triunfar, si a estas virtudes se añade la disciplina férrea de la voluntad que exige siempre la lucha por una causa. La saya es noble, generosa, altruista, santa: la derrocación estruendosa y definitiva del trono en que se pabonea el legendario caciquismo, la liberación del pueblo, esquilmado y oprimido.

Milita en los filas del reformismo. Su jefe y su gran amigo es Melquiades Alvarez, el ruiseñor astur, el demoledor implacable de todo lo secular y decrépito; de todo lo arcaico y ruín. De él y sólo de él, recibe la inspiración y el consejo. Su pueblo nativo, la Vega, quiérele con un cariño intenso de veneración, de idolatría. No se habla de Teodoro Vega sin un gesto de respeto

sentido y profundo, sin un ademán de homenaje, incondicional y sincero. Y es que Teodoro Vega encarna las ansias legítimas de un pueblo donde se alza todavía la silueta medrosa del cacique.

Tiene para su política la virtud esencialísima que la política reclama: la actividad, una gran actividad de luchador infatigable y heroico. Es acometedor, inquieto, febril, un manojo de nervios en vibración contínua, en perpetua tensión.

El día en que el ilustre jefe del partido reformista representó en Cortes el distrito de Castropol, hicieron los castropolenses la proclamación solemne de un nombre que era alma y vida de aquel triunfo: el nombre de Teodoro Vega.

En Asturias, en todo Asturias, descuella con el relieve sobresaliente de una gran figura. Asume en la Vega de Ribadeo la jefatura local de su partido y en todos los rincones de la «tierruca» amada, desde la bulliciosa Oviedo hasta la más silenciosa y escondida aldehuela de la montaña, se le recuerda y se le nombra con un sentimiento de cariño devoto, de ese cariño que pone en los labios la alabanza, en el corazón el entusiasmo y en el alma la fe.

Reside en Madrid, en aquel torbellino alocado y raudo. Viene a Asturias cuando el ánimo, fatigado, exige un descanso en la brega ruda, tenaz, o cuando le atrae el recuerdo dulce y mimoso de los viejos amores del hogar paterno. Son cortos paréntesis abiertos en su vida de batallador incansable y audaz. Su centro es Madrid, su ambiente el madrileño, aquel hormiguero de pasiones que caldean la voluntad, fundiéndola y templándola en el yunque de las altas disciplinas del espíritu. En Asturias, ama. En Madrid, lucha. Asturias significa el sosiego momentáneo, la calma reparadora. Madrid, el trasiego, el esfuerzo, la brega. Y tanto en Madrid como en Asturias, lo mismo en los salones egregios de la aristocracia cortesana, que entre las olorosas pumaradas y sotos frondosos de la «tierrica» amante, se disputa su amistad y se codicia su trato, por que es uno de esos hombres que han nacido para cosechar afectos, una de esas figuras que se deslizan por la

vida sembrando el bien, el más noble, engrandecedor y santo de los apostolados.

Su corazón se abre a todas las hondas efusiones del sentimiento. El amor al desvalido, tiene un altar en su conciencia. La lealtad de sus afectos y la caballerosidad exquisita, aristocrática, principesca, de sus portes, hacen de él, más que un ciudadano intachable y un amigo generoso, un verdadero ídolo.

D. Amador Macía

Es, sin duda, una de las figuras de más relevantes prestigios en la provincia de Lugo. Letrado ilustradísimo, cultiva con gran competencia y fortuna, todas las ramas del Derecho; pero sobresale con marcada notoriedad en las cuestiones de orden administrativo. Su gran dominio de estas materias, acreditólo cumplidamente en los varios años que desempeñó la Secretaría del Ayuntamiento de Sarria, colocándose entonces, a muy alto nivel entre sus compañeros, para quienes representa el Sr. Macía algo más que una reputación: una autoridad.

Como abogado, su bufete disfruta de una aureola de popularidad envidiable. El Sr. Macía es uno de los primeros civilistas de nuestra tierra.

Políticamente, es un liberal convencido, de los de abolengo, de los de estirpe. No pertenece al número inmenso de los inominados, de los advenedizos. Va a la Diputación provincial por vez primera, y puede felicitarse y aun enorgullecerse el distrito de Chantada-Sarria, de haber otorgado su representación a quien por su historia y su valer constituye una garantía firmísima de constancia, de abnegación y de acierto.

Disfruta el Sr. Macía de una posición brillante. Posee una cultura general tan sólida y tan extensa como su cultura jurídica; goza de muy estimables relaciones en las altas esferas de la vida pública y adórnanle esas personales dotes que constituyen la clave, el secreto de muchos éxitos: el buen trato, el arte difícil de agradar. No creo que se necesite más para mirar con faz risueña al porvenir.

D. Constantino Grandío

Os hablo de una persona conocidísima en Lugo, tan conocida como en su pueblo, en Guntín, donde convergen en torno de su figura los respetos y los afectos sinceros de todo el mundo.

Es un jefe político el Sr. Grandío; pero no uno de esos jefes hechos a la clásica usanza gallega, no es un *cacique* en la acepción estricta y gráfica de la palabra; es demasiado amplio su espíritu para que pueda modelarlo en los viejos troqueles de ese ambiente de politiquilla menuda que campea en muchos rincones de Galicia.

Liberal de buena cepa, su actuación política está inspirada en el amor a la libertad y al progreso, porque sabe que en esos dos altos principios de ética social ha de germinar el porvenir de la patria.

¡Otro sería, ciertamente, el destino del pueblo gallego sí la dirección de la vida pública en los Ayuntamientos rurales, estuviese encomendada a hombres del temple espiritual del Sr. Grandio!

Es, tal vez, una respetable excepción, no ya en la provincia de Lugo; en las restantes de la región gallega, donde el empirismo, la rutina, la mediocridad se han impuesto con un sello típico indeleble,

El Sr. Grandío, hombre de posición brillantísima, uno de los más acaudalados propietarios de su distrito, en nada puede inspirar su gestión directiva al frente de los elementos liberales, más que en la defensa de un ideal que constituye la estética de su personalidad pública.

Y, a este mérito, ciertamente excepcional para tomar

parte en las lides políticas, a su gran independencia, une el Sr. Grandío sus dotes de caballerosidad, de distinción, de delicadeza, que le colocan muy por encima del nivel común de esas gentes que sueñan con erigirse un trono sobre el pedestal de los humildes. Su hegemonía no es aplastante y rígida, no es opresora y tiránica; es sana y caballerosa, desinteresada y noble.

No es hombre bullanguero; gusta de la seriedad; de ese equilibrio espiritual que caracteriza a los entendimientos disciplinados.

Bondadoso, espontáneo en sus efusiones, franco, leal y sincero en sus afectos, es el mismo al frente de la Alcaldía de Guntín que en el círculo de sus relaciones sociales: un ciudadano intachable, un perfecto caballero y un gran amigo.

Don Pedro Achirica y Tejada

No es viejo, ni es joven, atendiendo a su edad: 63 años. Pero yo entiendo que lo que envejece en el hombre, no es la carne que declina, no es el organismo que se encorva, sino el espíritu que decae, el alma que se abate bajo el peso de los azares. Y el Sr. Achirica conserva eternamente remozado aquel espíritu de gigante que hubo de modelar las arrogantes altiveces de su vida militar y ciudadana.

Adora la independencia, que es la dignificación del hombre, y en su gesto, rudo y cáustico, descúbrese una psicología sencilla, marcada con el sello de una bondad innata y de una caballerosidad sentida.

Es su manera de ser y de vivir, se encuentra la definición más exacta de su personalidad. Ama a los niños y a los perros, sin duda porque ama la lealtad y el bien. No rehuye el trato de las gentes, pero intimida poco.

Es de Logroño, y no podía ser riojano sin ser enérgico y duro; poro caballeroso, recto, amigo de la verdad.

Estudió el bachillerato en su ciudad natal. Después ingresó en la Escuela de Veterinaria, de la Corte, y en ella cursó con un aprovechamiento que se condensa en brillante historial escolar, los cinco años de la carrera.

Ingresó en el Ejército en 1875, marchando seguidamente a la campaña del Norte, donde recibió su bautismo de fuego.

Figuró luego en diferentes cuerpos montados, hasta que en 1911, obtuvo el retiro por haber cumplido la edad reglamentaria.

Su residencia oficial la tiene desde entonces en Valladolid, la vieja ciudad castellana de las leyendas heróicas, pero pasa largas temporadas en Lugo; casi podemos llamarle nuestro vecino.

Un biógrafo podría llenar páginas y más páginas con los detalles de su vida de soldado. Yo prefiero condensarla en breves rasgos.

Admiro en el Sr. Achirica la sencillez amable de su figura, la natural distinción de sus maneras, la modestia característica de su persona.

En otros, campea un aire enfático que humilla; en él, destaca un sello de naturalidad y de sencillez que atrae. No le agradan los cascabeleos de la alabanza ni le entusiasman las dulcedumbres de la lisonja.

Su pasión favorita es el campo. A la tertulia de casinos y cafés, prefiere el solaz inocente y rústico de la naturaleza, sin duda porque piensa—y piensa bien—que la inspiración suprema de la belleza y del arte, es la verdad, ¡y la verdad sólo campea libre en los panoramas santos de la Creación!

Don Mariano Ulla

Para juzgarle cumplidamente haría falta conocer su historia dentro de la Magistratura, y mis referencias en ese orden de cosas, son incompletas y vagas. Sé lo que fué y lo que es, pero sin detalles que me permitan perfilar su figura con el relieve que merece. Sé únicamente que ha merecido, por su integridad, por su rectitud, una sólida reputación y un elevado prestigio. Le conocí siendo presidente de la Audiencia provincial de Lugo. Entonces brillaba el Sr. Ulla Fuciños con una aureola de generales respetos y de estimación honda y devota.

Después fué trasladado y hoy consolida aquellos viejos prestigios desde la Audiencia territorial de Cáceres.

Aquí intervino el Sr. Ulla en causas ruidosas y en la memoria de todos se guarda el recuerdo de su actuación en ellas. Es un enamorado de la justicia, pero dentro de ella tiene una visión amplia y noble de la indulgencia y del bien. Junto al Magistrado severo está el protector del desvalido. Junto al juez, amparador de los fueros de la Ley, está el humanista, disector de la anatomía social, con un gesto de piedad para la desgracia y de perdón para el delito.

Es difícil estudiar al Sr. Ulla juzgándole por la externa contextura de su carácter. Es hombre de fisonomía grave y de austeros modales. No gusta de artificios ceremoniosos; agrádale la seriedad, que es patrimonio de espíritus ecuánimes; pero tiene en todo momento, bajo la brusquedad aparente del ademán y de la frase, el arranque espontáneo del amigo generoso y del caballero impecable.

Es hijo de Santiago, de aquella histórica ciudad en cuyo ambiente se han forjado tantos espíritus gigantes. Ama a su pueblo, a Galicia entera, con cariño rayano en veneración, y es un apóstol impenitente de la libertad, de la cultura pública, del progreso científico, de todo cuanto marca una estela de luz en los horizontes de la actividad y del saber. Por eso figuró siempre en las vanguardias del liberalismo y toda lucha por causas grandes y abnegadas, contó con el calor de sus inspiraciones e iniciativas.

Es un letrado reputadísimo. Su dominio del Derecho Civil y Penal colócale al nivel de las figuras más connotadas del foro, y tanto por esto como por las prendas personales que le adornan, digno es de esa alta estimación y de ese justísimo respeto que inspira a cuantos le conocen y le tratan.

D. Jesús Cora y Cora

Tiene figura y espíritu de hombre meridional. Destácase en los rasgos peculiares de su carácter, la influencia que en su estética ejerce la vida afectiva. Es un manojo de nervios que vibran siempre, moviendo ese resorte oculto que hiere las sensibilidades hondas y exquisitas.

Tiene una carrera brillantísima en el Cuerpo Jurídico de la Armada Española. Es doctor en Derecho. Perteneció al Consejo Supremo de Guerra y Marina. Ejerció la Fiscalía en los Apostaderos de Cádiz, Ferrol y Cartagena; en el primero, a raiz de la pérdida de las colonias, cuando la nación atravesaba por las dificilísimas circunstancias que todos recordamos con amargura. Después fué a Madrid, desempeñando un alto cargo en la Asesoría General. Su gestión dejó memoria imborrable en todas partes. Fué el modelo de funcionarios probos, íntegros y dignos, como es hoy, ya retirado y viviendo en el silencio amable, en la calma reparadora y confortante de los santos cariños familiares, espejo de ciudadanos y de caballeros.

Es hijo de una familia distinguidísima de Galicia; está emparentado con personalidades de marcada significación social y política, y aunque de su tierra vivió alejado muchos años, no ha sentido amortiguarse el amor al suelo nativo.

En Lugo vive hoy, sobresaliendo entre las primeras figuras de la buena sociedad lucense, por su cultura, por la delicadeza esmerada de su trato, por el aristocratismo que destilan sus maneras y sus portes.

Habla con afabilidad atrayente y con galanura sugestiva. Sus palabras tienen el sello de una mentalidad vigorosa y cultivada. A su lado, oyéndole y mirándole, se evoca el recuerdo del maestro respetable y del consejero bondadoso. Es un verdadero resumen de las virtudes que integran el tipo moral del caballero perfecto, hecho en el estudio del mundo, troquelado en los moldes de la vida.

D. Nicolás Arias Andreu

Es una de las contadas excepciones de nuestro mundo oficial.

Y la pregunta fluye de suyo: ¿Por qué es excepción el Sr. Arias Andreu? Porque encarna la más alta de las virtudes: la actividad, el amor al trabajo. Es un luchador heroico, siempre en el yunque, siempre en la mina, sin que su espíritu flaquee, ni su ánimo decaiga ni su voluntad se quiebre. Entendimiento clarísimo, inteligencia cultivada, tiene de sus deberes una visión muy amplia. No es el oficinista clásico y tradicional de esta España carcomida por todos los atavismos, atada al carro de todas las rutinas. No es el metodista rígido. Es el cultivador atrevido de las artes que conducen a los nuevos moldes, a las nuevas formas. Es un organizador, como lo demuestra el compromiso que contrajo de abandonar la oficina de Santander hasta realizar una labor completa de reorganización, compromiso que se da por terminado en Real orden de enero de 1913, en la que se le tributan gracias expresivas por su labor acertada y eficaz.

Para la mayoría inmensa de los oficinistas españoles, hay horas determinadas de oficina y obligaciones fijas y concretas que llenar en esas horas. Para él, la oficina es un tiempo solo y tienen una sola expresión esos deberes, porque el deber es siempre uno: la dignificación del cargo.

Su carrera no ha sido improvisada: es un ascenso brillante por los peldaños que recorren todas las reputaciones bien cimentadas.

Comenzó como auxiliar en la Secretaría de la junta de Instrucción pública de la Coruña, nombrado por la Diputación provincial y confirmado más tarde, por la Subsecretaría del ramo, pasando a la categoría de oficial, por Real orden, un año después, y siendo confirmado en ella por otra, en virtud de reñida oposición.

De la Coruña fué a Santander en concurso de ascenso con el cargo de jefe de la Sección administrativa de aquella Junta provincial, y dos años más tarde, también por oposición rigurosa, ganó la plaza vacante en Lugo, por fallecimiento del Sr. Santos.

En el Instituto de la ciudad herculina, donde se aprecian muy alto los merecimientos del Sr. Andreu, fué auxiliar provisional de Derecho y Legislación escolar, nombrado por la Subsecretaría del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, enseñando en dicha cátedra durante los años 1908 a 1911.

Posee los títulos de Maestro Superior y Contador Mercantil, teniendo además el grado de Profesor de Comercio.

Renuncio a una reseña biográfica, y si cito estos antecedentes, alazar recogidos entre personas que conocen algo de su historia, es porque ellos justifican con datos concretos lo que de modo indeciso y vago pudiera expresar la pluma del semblancista.

Fué propuesto diferentes veces para votos de gracias por Real orden y para menciones honoríficas, en visitas de inspección giradas a los departamentos de su cargo. Su hoja de servicios, desde el punto de vista de los méritos contraídos en su campaña de funcionario público, da a su figura un relieve que pocos, acaso ninguno, haya logrado alcanzar. Un extracto sucinto de ella ocuparía muchas páginas, pero estoy seguro de que repugnaría a su modestia esa labor, porque es hombre que gusta de vivir en el ambiente callado de esas existencias que se deslizan sin ruido, en la paz amable del trabajo honrado y silencioso.

D. Carlos Rodríguez Barbeito

Es el diputado provincial por Monforte-Quiroga. A su modelo debieran ajustarse los factores que constituyen el engranaje de la máquina política. El amor a los intereses públicos, el respeto incondicional a las ideas ajenas, la rectitud exquisita de espíritu para la apreciación y el estudio de los problemas que caen dentro de la esfera de su labor, condiciones características son del Sr. Rodríguez Barbeito.

¿Su historia? Sé muy poco de ella. Pasó su juventud en Madrid. Allí se educó, y allí, a la vez que cursaba los estudios del Bachillerato, formaba su carácter jovial y dicharachero. Después, en Madrid mismo, se hizo abogado. Más tarde vino a Galicia, a Monforte, su pueblo nativo, y hoy reside en Puebla del Brollón, donde radican muchas de sus importantes propiedades.

Fué allá por el 91 cuando comenzó a figurar en política, al lado de D. Vicente Quiroga Vázquez, a quien profesaba entrañable afecto. Algún tiempo después, fué llevado por sus amigos a la Alcaldía de la ciudad del Cabe, dejando memoria gratísima de su gestión. En 1903, apoyó la candidatura conservadora del Sr. Alvarado, penetrando entonces de lleno en el campo de los ideales mauristas. Otra vez fué alcalde, pero ésta, por muy poco tiempo.

En 1904, fué propuesto como candidato para diputado provincial, pero retiró su candidatura, en acto de abnegación admirable, para sumar facilidades de éxito a la de otro correligionario. Propuesto por segunda

vez en 1913, obtuvo un acta honrosísima, en franca y abierta lucha con el Sr. Arias Sanjurjo, solidario y hombre de arraigo indiscutible en el país, lo cual abrillanta el triunfo del Sr. Barbeito.

Es, dentro de la Diputación, uno de los más vigorosos propulsores de la cultura y del progreso.

En el orden social, su personalidad corre parejas con su estética en la vida política. Es hombre de brillantísima posición, y, sin embargo, no hay en las modalidades de su trato ni un rasgo de vanidad, ni un asomo de soberbia.

Es culto y afable. Su conversación, cuando no instruye, deleita. Habla siempre con la sonrisa en los labios. Todo en él respira sencillez. Desconoce las artes del disimulo, eso que, traducido al lenguaje vulgar, se llama «mano izquierda». Políticamente, puede tener adversarios, pero personalmente no supo ni sabe tener enemigos.

D. LUIS CARRETERO

Es un castellano viejo de pura fíbra. En su carácter destácase el rasgo fuerte, recio, vigoroso, de aquella raza que constituye el corazón y la entraña del españolismo hidalgo.

Es segoviano. Hijo de ilustre familia y con vastas relaciones en el mundo de la política y de las ciencias. Tiene una carrera brillantísima: la de Ingeniero industrial, cursada con brillantez notoria en la Escuela de Barcelona. Siente verdadera devoción por las artes y las ciencias aplicadas a la industria. Su mayor ilusión es el taller.

Republicano por convicción, compartió los entusiasmos de la juventud entre los estudios científicos y las propagandas políticas. Dió conferencias, organizó mitins y durante su estancia en la capital de Cataluña ocupó siempre cargos significadísimos en la Directiva de la Asociación Escolar Republicana que tan altos prestigios llegó a alcanzar en aquellos tiempos de ardorosas luchas.

Es un escritor delicado, de altos vuelos como estilista. Importantes diarios de Madrid y de provincias y reputadas revistas profesionales, se honraron y se honran con su firma. Las cosas de su tierra, le han inspirado valiosísimos trabajos, y el amor que, sin ser gallego, siente por Galicia, supo y sabe traducirlo en magistrales artículos, algunos de los cuales guardo y conservo con solicitud cuidadosa.

Como orador, dióse a conocer en Cataluña también, cosechando aplausos en Madrid, Barcelona, Valladolid y otras grandes capitales españolas.

En el orden personal, es hombre que se hace querer y estimar por su seriedad, su trato afable y su condición de amigo caballeroso y leal.

D. Jesús García Gesto

Es la actividad personificada. La quietud sería para él un martirio, un suplicio, una penitencia. Nació para la vida fatigosa de luchador, para cantar día y noche el salmo redentor del trabajo.

Es hijo de Villalba, donde conserva valiosas posesiones que son su habitual residencia veraniega. Niño aún, marchó a Cuba, donde a su genio especulador y a su actividad bien encauzada, ofreció amplio horizonte la vida comercial, llegando a ocupar un puesto de confianza en la importantísima casa *El Anteojo*, de notoria reputación en América y Europa. Pero el clima mortificante de los trópicos, hízole retornar a la madre patria después de una fructífera campaña, que puso a prueba su temperamento de hombre laborioso e inteligente.

Sus antiguas relaciones con la familia Neira Gayoso, lleváronle a la gerencia del acreditado balneario de esta capital. La desempeñó bastantes años y hoy mismo hubiese continuado en ella a no reclamar sus actividades en otras esferas del mundo especulativo un afán honrado y legítimo de independencia.

Goza de gran prestigio como procurador y como agente de Negocios. Su nombre es un símbolo de respeto; su gestión, una garantía de seriedad. Representa en Lugo a importantísimas sociedades.

De su vida activa en la política, habría mucho, muchísimo que escribir, pero sería indispensable rebasar los límites modestos de una semblanza. No hay campaña memorable en nuestro Ayuntamiento en pro de los intereses públicos, que no lleve aparejado el nombre de D. Jesús García Gesto.

Esta es su figura. Os parecerá tosco el dibujo, pero es honrado el juicio.

Don Víctor Basanta Silva

Es muy joven. Raya en los 29 años, y, sin embargo, Basanta puede contarse entre los triunfadores.

¿Qué importan fechas? Yo no las recuerdo bien. Se hizo Bachiller en Lugo y abogado en Compostela, con notas brillantísimas. Después fué Juez municipal suplente de Villalba. Su gestión ha sido en todo tiempo una inolvidable garantía para los fueros de la Justicia. Renunció este cargo. El Juzgado trazaba un marco demasiado reducido para su visión de los problemas jurídicos y encerraba las iniciativas de su talento y los arrestos de su juventud en un círculo obscuro y mezquino.

Conservador por abolengo, puso el pie en el campo de las luchas políticas, y lo puso con el acierto de los que van directamente al éxito.

El distrito Vivero-Villalba, otorgóle su representación en 1913. En el Palacio de la Diputación su nombre es un símbolo de respeto y su figura un emblema de la rectitud. Víctor Basanta es de los que se compenetran con su misión y se honran y enaltecen con ella. Serio, equilibrado, ecuánime, va a donde quiere ir.

En la Diputación de Lugo nadie le aventaja en juventud ni en entusiasmos.

Vedle y habladle, y encontraréis en cada rasgo de su personalidad, trazado su verdadero tipo moral.

No sabe fingir. Su camino es la línea recta y nada le separa de ella. La sigue, no con rudezas de carácter, no con intemperancias de forma, sino con la sonrisa en los labios, con la dulzura en la frase, con la galantería en el gesto.

Su brillante posición social permítele vivir alejado del bufete y consagrarse por entero a los intereses de su distrito.

Hoy es Vice-Presidente de la Comisión provincial. No puede pedirse mayor prueba de su valimiento.

D. Maximino Rodríguez

Estudiante aplicadísimo, primero; buen abogado, después; brillante escritor, más tarde; probo, inteligente y laborioso funcionario, por último. En estos renglones quedaría trazada la semblanza de D. Maximino Rodríguez, sino fuese de justicia evocar otros méritos y otras virtudes que esmaltan su personalidad, definiéndola y concretándola.

Es un enamorado del divino arte. Posee vastísimos conocimientos musicales. Más de una vez ha llevado al pentágrama sus aficiones y entusiasmos artísticos y allí donde se ha requerido su ayuda o donde fué necesario su esfuerzo, en servicio de esas hondas devociones de su espíritu ofrendó los arrestos de la voluntad y las iniciativas del talento.

Como escritor, su firma se ha cotizado a muy alto precio en reputadísimas publicaciones de Madrid y de provincias. Dirigió un importante periódico; redactó muchos otros de justa nombradía y colaboró en infinidad de ellos, mereciendo siempre la pública alabanza, espontánea y sincera. Es un pensador sesudo y un estilista vigoroso.

Desempeña hoy el cargo de oficial primero del gobierno civil de Lugo, y dentro de él se ha granjeado la estimación sincera y el respeto incondicional de todos.

Jamás se separa del cumplimiento del deber, pero dentro del círculo de sus funciones, con rectitud acrisolada ejercidas, es, como en la esfera de sus relaciones privadas, el hombre atento, complaciente y obsequioso.

D. Antonio de Cora

Védanme ser justo en el encomio, los viejos lazos de amistad y de compañerismo que a él me ligan; pero no pueden vedarme el placer de estampar su nombre en una de las páginas de mi libro: es atención, pobre y menguada ciertamente, que debo al excelente camarada de fatigas y al bondadoso amigo de siempre. Es abogado y periodista. Como letrado, no puedo juzgarle. Sólo sé deciros que ama la profesión con el cariño de las vocaciones hondas, que es inteligente y estudioso y que su figura empieza a delinearse con rasgos de notorio y sobrasaliente relieve, en la silenciosa labor de bufete y en la accidentada vida de estrados. Es orador galano y conceptuoso; dice con facilidad, con fluidez, con arrogante soltura; arguye con sólida dialéctica y es polemista de temible zarpa.

Como periodista, como literato, es su personalidad una de las más precisamente definidas. Tiene estilo propio, un estilo que es el símbolo de su carácter: recio, vigoroso, contundente. No divaga. Hiere las cuestiones con intención rectilínea, sin eufemismos, ni reticencias, ni vaguedades. Tiene un léxico escogido, pero sin florilegios de rancio gongorismo; es rotundo, a veces sentencioso.

Este es el abogado y el escritor. ¿Que queréis que os diga del amigo y cofrade? Tendría que quebrantar los más elementales deberes de la delicadeza para juzgarle desde este punto de vista.

Además, nadie necesita que yo le presente. Todo el mundo lo conoce por lo que es y por lo que vale.

Don Indalecio Varela Lenzano

Huyendo de la tentación de desnaturalizar el verdadero carácter de mis semblanzas, he prescindido de datos biográficos en lo que se refiere a la vida de este distinguido hijo de Lugo. Y conste que su biografía sería hermosa. Pero prefiero, a la extensión en el trabajo, la intensidad en el juicio. Para mi tiene su figura dos aspectos interesantísimos y dentro de ellos le juzgo: es el empleado modelo de empleados y el escritor de mérito sobresaliente y notorio, sobre todo, en el género difícil de la crítica musical.

En este orden de actividades, puede considerársele a la altura de los más sólidos prestigios de Galicia.

Fué gran amigo del malogrado Montes, como buen enamorado de la música orfeónica. Seguramente no pecaría de indiscreto si asegurase que con Montes ha compartido en la intimidad y en el silencio muchos éxitos ruidosos, eternos en la memoria de los lucenses. Su crítica es siempre razonada, fría, severa y contundente. Su estilo es galano, de fluidez encantadora, y de corrección y atildamiento impecables.

Oficial primero de la Diputación de Lugo desde hace bastantes años, puede decirse que es alma y vida de aquel organismo en cuanto a su funcionamiento interno. Dentro y fuera de su negociado, es el consejero, el inspirador, el maestro y el amigo. Su modestia corre parejas con su valimiento. Es enemigo sincero de todo lo que signifique ostentación y vanagloria. Le complace servir a todo el mundo y le repugnan las ficciones del artificio social. Es naturalmente afable, atento y obsequioso.

D. José Minguillón y Estévez

Su historia es la de tantos hombres que han pasado por el mundo sin ruido, atentos a la propia significación de sus méritos, confiados en sí mismos. No gusta de apariencias, ni se entrega a esos cómodos halagos que alrededor de las figuras connotadas suele desplegar el mundo de los estudiados servilismos y de las calculadas adulaciones.

Su carácter no ha sufrido las mudanzas que el tiempo suele imprimir en todos los caracteres. Es el mismo de antaño, el de siempre. Hoy, que desempeña un saliente cargo en la administración de justicia, es para cuantos nos honramos con su trato, el mismo que era en las Universidades de Madrid y Oviedo.

En la primera, hizo sus estudios de Derecho, y en la segunda, obtuvo la Licenciatura. En una y otra consérvase recuerdo gratísimo de sus tiempos de estudiante. Fué siempre un modelo de aplicación, un verdadero espejo de seriedad.

La intelectualidad del Sr. Minguillón, tiene su característica. Hay quien busca exhibiciones para el talento; él lo revela en sus actos, en su profesión, precisamente rehuyendo esas vanidades que los demás persiguen. Es la modestia andando.

En Lugo se le conoce bien y se le respeta en cuanto vale. En nuestra Audiencia provincial, desempeñó el cargo de oficial segundo de Sala, cerca de doce años, y aunque después pasó algún tiempo en Badajoz, desempeñando la Secretaría de la Audiencia de aquella provincia, no supo ni pudo olvidarse de Lugo, ni Lugo olvidarle a él, y a Lugo volvió para quedarse definitivamente entre nosotros.

La semblanza del Sr. Minguillón puede hacerse en cuatro líneas. Hombre cultísimo y laborioso; integérrimo funcionario y caballeroso ciudadano.

Y esto es, en realidad.

D. Roberto Fernández

Luchador y hombre de mundo. Culto, discreto y cortés.

Su historia es hermosa. Es hijo de Madrid; nació en humilde cuna; sus antecesores fueron modestos pero honrados y laboriosos comerciantes, y desde los nueve años ha comenzado la vida del trabajo, la vida fatigosa de la lucha por la existencia. Muy joven empezó a trabajar en la Sociedad de Seguros «La Germania», de Nueva York. Al poco tiempo recabó sus servicios otra importantísima Compañía: «La Franco-Española», que ha conseguido reputación europea. Su gestión en esta renombrada entidad aseguradora, la atestiguan los premios obtenidos y el alto prestigio logrado en pocos años, prestigio que le valió su ingreso, con grandes ventajas, en *La Mundial* que hoy representa como Inspector general.

Lleva en ella siete años y continúa la historia de sus triunfos como hombre de actividad incansable, de inteligencia clarísima, de talento cultivado en la brega, en el yunque, y de honradez acrisolada. Seguramente es el Sr. Fernández el asegurador de mayor talla en España.

Y como buen madrileño, no quiso correr tras la fortuna. Se casó con una mujer buena y santa, pero como él, pobre también.

A pesar de ello, es hoy hombre de posición brillante; vive con lujo, viaja con comodidades, gasta con esplendidez, y todo ello al trabajo exclusivamente se lo debe.

Educa a sus hijos con esmero de padre amante y lleva sus deberes de ciudadano y de caballero de manera ejemplarísima.

Es hombre afable, fino, delicado, caballeroso y amigo verdaderamente leal de sus amigos.

D. Francisco Manso

Una de las figuras lucenses que brillan con el resplandor de los méritos propios, personalísimos, conquistados en el laborar constante de una vida consagrada por entero al bien de la patria. Los arrestos de su juventud, las energías todas de su espíritu, para ella fueron; como militar, con el esfuerzo de su brazo; como ciudadano, con la ejemplaridad de su vida. Vistió el uniforme de soldado, y sobre el campo de batalla nacieron sus primeros galones y se bordaron sus primeras estrellas. Es la escuela más honrosa; aquella en que se aprende a amar la vida, precisamente porque con la vida se juega. Subió peldaño a peldaño la cuesta de las jerarquías diversas que desde cabo a teniente coronel se recorren en la brillante y gloriosa profesión de las armas. Tiene una hoja de servicios meritísima y a ella une el limpio historial de su vida ciudadana.

En el orden particular nada puede decirse del señor Manso que no sea en justísimo elogio de sus virtudes cívicas. Su seriedad, no llega jamás a la afectación. Es sinceramente amigo de sus amigos y caballero cumplidísimo en todos sus portes.

Don José Fernández de la Vega

Representa en la Diputación el distrito de Fonsagrada-Becerreá.

Es uno de esos hombres que atraen la atención al primer golpe de vista. ¿Por qué? Por que se le adivina divorciado de toda vulgaridad; parece que su figura delata un espíritu superior. Hay un algo especial en su apariencia externa; un cierto *aquel* que pudiera traducirse en una expresión de rebeldía y que asoma a veces en la mirada inquieta y retadora, al través de los espejuelos de oro. Es un republicano convencido; pero entiéndase bien, no un demagogo del régimen, sino un dignificador del credo. Cultísimo letrado, cerebro curtido, además, en el estudio de la vida pública, hombre de edad madura y de larga historia de luchador político, tiene conciencia plena de lo que son las ideas y de lo que vale la fe que se deposita en los principios. Milita al lado del Sr. Portela Valladares, es decir, en las avanzadas de la democracia monárquica. Unele una antigua y estrecha amistad al diputado por Fonsagrada, y hace honor a ella poniendo a su servicio todo el alto valimiento de su esfuerzo y todo el prestigio de su nombre.

Es recto, amigo de la justicia. Odia las componendas y las medias tintas. Su carácter no se amolda fácilmente a convencionalismos grotescos. Pudiéramos decir que es de esos que «rompen por la calle del medio.» Es rico, y allá en su pueblo, en Cartroverde, goza fama de ser amigo del pobre, sincero protector del necesitado.

En Lugo, se le estima y se le respeta, y en Madrid goza de altas relaciones particulares y políticas.

D. Eugenio Macía

Ocupa un sitial muy connotado en la noble profesión de las armas. ¿A qué recordar su historia? Dejemos notas a un lado. Basta decir que tiene una hoja de servicios que le honra y enaltece.

Es hombre culto, que vive la vida de su siglo; modesto, si es que la modestia existe. Toda exhibición le molesta; todo artificio le asquea.

Jamás habla de sí mismo. Si alguna vez le recordáis rasgos salientes de su historia militar, os contesta que todos ellos responden al cumplimiento del deber. En sus modalidades, en sus aspectos todos, es el hombre sincero, espontáneo, francamente efusivo y cordial.

Todo en él denota una admirable ecuanimidad del espíritu. Su conversación reposada y su gesto atildado y exquisito, os revelan desde el primer momento al hombre de sociedad, a lo que familiarmente llamamos «hombre de mundo».

Goza de brillantísima posición, pero los halagos de la fortuna no han llevado a su espíritu pruritos de vanidad ni de orgullo mal disfrazado.

Emparentado con prestigiosísimas familias de esta provincia, tiene ante sí un extenso campo de relaciones sociales y políticas, pero no las utilizó jamás como escabel para el logro de mercedes. Es de los que ascienden por la línea recta.

Sus actos son caballerosos y sus portes distinguidos. Por mucho que ahondéis en su psicología, no descubriréis jamás un rasgo de vulgaridad.

Resumen: D. Eugenio Macía, es el militar pundonoroso y digno, el ciudadano intachable.

D. SERGIO GANDOY

Es un espíritu recto, un carácter íntegro, una voluntad firme. Nació para la milicia. Conozco poco de su historia, pero aquello que sé le presenta como una figura de relevantes prestigios dentro del ejército. Ingresó en él como voluntario. Fué de sargento a la guerra de Cuba y ascendió a oficial por méritos de guerra. Después hizo estudios en la Academia de Infantería. Fué capitán el 1912. Posee muy estimables condecoraciones, ganadas en campaña. Sirvió más tarde en el ejército de Africa y después de recorrer muchas de las principales ciudades españolas, vino a residir a la ciudad del Sacramento. Es hombre reflexivo y amante del estudio; íntegro y recto; desdeña las apariencias y los artificios. No se le crea militarista en la acepción genérica de la palabra. Ve en la milicia un organismo sano y robusto; pero no aspira a hegemonías absorventes ni a despóticas dictaduras. Es demócrata sincero, de los convencidos, de los que practican la democracia con el ejemplo. No admira a ningún político; le asquea la farsa. Es culto; de conversación instructiva y amena; franco, decidor, casi locuaz. No hay en su trato, ni amaneramientos refinados ni estudiadas brusquedades. Toda su figura respira altivez, nobleza y hombría de bien. Para la patria es un servidor valiente; para la sociedad, un ciudadano intachable; para el amigo, un alma generosa y grande.

Don Manuel Saco Pradeda

Letrado distinguidísimo. Su bufete es el más acreditado de la villa de Sarria. Es uno de los primeros civilistas de la provincia de Lugo. Defendió pleitos ruidosos que le han valido una reputación por pocos igualada.

Desempeñó el cargo de Juez Municipal, conquistando sólidos prestigios como inteligente y severo administrador de la Justicia. Es propietario rico; disfruta de una de las posiciones más independientes de aquel partido. Políticamente, figura en el campo liberal. Es de los convencidos. Hace años que representa en la Diputación el distrito de Chantada-Sarria, y cuenta con una hoja de servicios muy brillante en la historia de las luchas libradas en esta provincia por la causa del liberalismo. Esto no dificulta que en la política opuesta, en el partido conservador, cultive la amistad personal de significados prohombres. Unenle con su condiscípulo y antiguo compañero, Sr. Besada, relaciones muy estrechas, y otras personalidades salientes del mismo bando, distínguenle con un afecto devoto y una amistad sincera. Es hombre comedido en su trato, pero muy afectuoso y muy cortés. Tiene carácter axequible y dúctil. Sus maneras respiran delicadeza, finura y distinción. Es modesto. Repugna las exhibiciones como repugna todo lo que traspasa el tono de lo serio, natural y correcto. Servicial y atento, vive rodeado de un ambiente de estimación, hondamente sentida, en todas las esferas sociales; lo mismo en el círculo de los viejos amigos que entre las gentes humildes, a quienes sirve y atiende con la solicitud del hombre enamorado del bien. De ahí que su nombre sea un símbolo de respeto dentro y fuera de la pintoresca villa en que reside.

D. CASTO ONEGA

Cursó la carrera de Leyes en la Universidad Central y fué de los estudiantes que han sabido hacer honor a su título precediéndole de un brillante historial de triunfos escolares. Entre sus profesores y compañeros se le recuerda con el cariño devoto de los amigos que no se olvidan. Le vesité una vez en Madrid, en su casa de la calle del Prado.

Se había licenciado días antes y se marchaba a Galicia.—Me voy, querido Somoza, me decía con festiva sonrisa; me voy a mi pueblo, a descansar, a respirar el aire puro de mis campos y de mis sotos de Pastoriza. Y, efectivamente; aquella misma tarde tomaba Casto Onega *el tren gallego,* como con dejo despectivo dicen los *castellanos* de Madrid. Idolatra a Galicia; ama al terruño con amor santo, y el terruño puede esperar mucho de él, de su talento, de sus entusiasmos juvelines. Casto Onega es una conciencia emancipada de tradicionales tiranías, troquelada en la recta visión de los problemas del siglo. Es hijo de una distinguida familia de esta provincia y está emparentado con otra de arraigados prestigios; posee una posición brillante y es un enamorado de esa venturosa paz lugareña que constituye el más poderoso tonificante del alma, tal vez elaborando, en la callada soledad del caserío aldeano, el resurgimiento a la vida ruidosa de la politica y del foro.

Los que conocemos su positivo valer, deseáramos verlo de nuevo en el torbellino raudo de la lucha. Es su puesto de honor.

D. Vicente Quiroga

Es Diputado provincial por Monforte-Quiroga. Tiene una carrera brillantísima: la de Ingeniero industrial.

Hizo sus estudios en Barcelona, y, una vez terminados, volvió a Galicia para ser continuador de la obra política de su buen padre, hombre de imperecedera memoria en la provincia, cuya representación ostentó durante muchos años en la Cámara de Senadores. Don Vicente Quiroga tiene, a parte su cultura científica, sólidamente adquirida en reputadísimos centros docentes, una vastísima cultura general que le coloca a la altura de los hombres gallegos más encumbrados por su intelectualidad. Esto le bastaría para triunfar, si otras cualidades y otros méritos, ciertamente excepcionales, no completasen su personalidad distinguidísima. Es hombre de muy brillante posición social, amigo del bien, de carácter afabilísimo, naturalmente dado a la complacencia, y posee la virtud de un trato delicado, cortés, atentísimo, que le suma la amistad respetuosa de cuantas personas le tratan una vez en la vida. En Madrid, en los altos círculos de la política, se conoce y se aprecia su valimiento, y fuera de la política también, entre la sociedad distinguida, goza de relaciones muy estimables. En la Diputación provincial de Lugo, es un verdadero prestigio, y en Monforte, donde reside, disfruta del cariño incondicional de todos.

D. Manuel Lorenzo Gil

Orensano, lo cual quiere decir gallego de buena fibra, de enjundia neta y castiza. Tuvo desde los primeros años de su juventud una vocación decidida y entusiasta por la enseñanza. Se fué a la Corte y allí hizo su carrera. De cómo la hizo, da fe el testimonio autorizadísimo de profesores y compañeros. Fué un estudiante de excepcional aplicación y de vigorosa inteligencia. Llegó hasta la cumbre de los estudios del Magisterio y más tarde ingresó en el Cuerpo de Inspectores. En Lugo lleva apenas seis años, y cuéntese que en ellos ha realizado una labor, como pocas fecunda, en beneficios positivos para la clase. Es un alma llena de abnegación, un cerebro repleto de ideas, un espíritu rebosante de iniciativas. A él sí que puede aplicársele, sin hipérbole ni artificio, la frase tradicional del César: «Llegué, ví y vencí». Porque, en efecto, desde su primer paso al frente de la Inspección en la provincia de Lugo, se ha operado una honda transformación progresiva en todos los órdenes de la vida escolar: en la organización de los servicios burocráticos, en el funcionamiento de los diversos organismos oficiales, en el propio ambiente moral y público de la Escuela. Es un protector del maestro y un dignificador de sus funciones sociales. A él se debe la creación de las Cantinas y de las Colonias, que responden a pensamientos de un elevado altruísmo y en él encuentra apoyo desinteresado y generoso cuanto significa amor a la infancia y cuanto supone un esfuerzo en pro de la cultura popular. Es un pedagogo eminente y un hombre todo corazón y todo bondad. Lucha por sus ideales con el entusiasmo del héroe y la resignación del mártir, y si no hay contrariedad que le amilane, tampoco hay triunfo que estimule su vanidad. No la tiene, no la conoce. Es el prototipo de la modestia.

D. Marcelino López

Es lo que en el lenguaje familiar llamamos un joven de porvenir. Marcelino López tendrá poco más de 25 años, y a esa edad, logró lo que otros no logran en largos años de brega: nombre, prestigios públicos, figura y relieve dentro de la política provincial.

Es un liberal de buena cepa, de aquella política inolvidable que acaudilló el ilustre Quiroga Ballesteros, con quien estuvo su buen padre ligado en lazos de amistad muy estrecha. Es uno de los exponentes de la juventud briosa y luchadora, en cuyo esfuerzo descansa el porvenir de Galicia.

Hubo un tiempo en que se orientó hácia la vida oficial, ingresando al servicio del Estado como funcionario de Fomento y desempeñando cargos en Lugo y en Madrid; pero comprendió que fuera de la vída burocrática hallaría sendas más amplias y expeditas y renunció al mísero corrusco de la nómina oficial.

Hizo bien; se concibe que a la sombra del Estado vegeten los parásitos, inútiles para la lucha, incapaces de crear, imposibilitados para toda obra de personal iniciativa, pero no se concibe, en cambio, que a esa triste función social, se limiten quienes han nacido con arrestos suficientes para la brega ruda del trabajo.

Marcelino López es joven y rico; tiene actividad y talento. La política recabó su esfuerzo, y no supo negarlo. Sus amigos lleváronle al Ayuntamiento, donde realiza una meritoria labor en defensa de los intereses populares. Digna es de aplauso su gestión como Concejal y ojalá tuviese muchos imitadores.

Personalmente, es la modestia, la caballerosidad, la hombría de bien personificadas.

Don José Mosqueira

Es abogado y diputado provincial por primera vez. Representa en la Diputación el distrito de Mondoñedo-Ribadeo. Es hijo de familia distinguidísima y extensamente relacionada. En Lugo, es tan conocido como en su pueblo natal, la pintoresca villa del Eo. Entre la juventud lucense cuenta con muchas y muy valiosas amistades. Pasa largas temporadas en la capital, y en los festejos del «Corpus», del año pasado, tomó parte en el tiro de pichón, obteniendo el primer premio. Es un verdadero sportman.

Políticamente, milita en el campo liberal, al lado del Sr. Bustelo, con quien le unen antiguas relaciones.

Su cultura, su amor a los intereses del pueblo, y, sobre todo, los entusiasmos de la juventud, permiten esperar una campaña briosa y fructífera al frente del puesto a que tan merecidamente le llevaron sus amigos. El Sr. Mosqueira no es un espíritu maleado en el ambiente de la política menuda. Es algo que nace a la vida pública, sin los prejuicios que coaccionan la voluntad, sin el sedimento de los viejos atavismos que matan los entusiasmos y ahogan las iniciativas. Es rico, tiene talento, aspira a crearse una personalidad social definida y concreta, y es indudable que, quien así comienza, camina a dos pasos del triunfo. Es simpático y atrayente en sus maneras; su trato es sencillo y agradable; su carácter franco, expansivo, decidor. Campea en su conversación la nota humorística, la sana jovialidad que va unida siempre a la distinción y a la cultura.

Don Emilio Mazaira Beltrán

Figuró muchos años en el partido conservador, entre los amigos más significados y entusiastas del señor Osma. Surgieron, más tarde, disentimientos entre los factores que integraban la función directiva de la política osmista en Monforte, y el Sr. Mazaira Beltrán abandonó aquel campo, formando hoy en las filas del partido liberal. Es abogado competentísimo. Ejerce la profesión con gran lucimiento. Su bufete es uno de los más acreditados de la ciudad del Cabe. Desempeñó largo tiempo la Alcaldía de Monforte y se recuerda su gestión como modelo de seriedad, de civismo, de administración prudente y acertada. Sus amigos políticos, tiénenle en gran estimación porque su cultura, su seriedad, su rectitud, su amor a la lucha noble y levantada, es en todo momento una garantía para el triunfo digno y honrado; y sus amigos particulares quiérenle con afecto entrañable, porque sabe elevar la amistad a la categoría de un culto. Su carácter es naturalmente reservado.

No gusta de exteriorizaciones banales. En su misma seriedad, está basada la disciplina de sus actos políticos. Es incapaz de una incorrección, pero tampoco transige con ella. Ama esa hermosa visión de la vida social en que la conducta de cada ciudadano limita y conforma la conducta de los demás.

D. Pedro Lino Naveira

Los generales Lachambre y López Domínguez, solicitando del Rey, en un luminoso informe, la mejora de una recompensa otorgada a este bravo militar, evocaban las hazañas del Cid Campeador. ¿Puede pedirse mayor ejecutoria? ¿puede hacerse un retrato más cumplido del soldado valiente y pundonoroso? Desde alférez a teniente coronel, ascendió por méritos de guerra, y es un camino muy largo, ciertamente, para recorrerlo vertiendo sangre en los campos de batalla. Desearía conocer su hoja de servicios, aquel historial de episodios gloriosos, que constituyen un legítimo timbre de orgullo para el ejército y para la patria. ¡Sé tan poco de ella! Salió Alférez, de la Academia de Infantería; sirvió en Cuba hasta el 85, vino a España, permaneció algún tiempo en la Coruña y volvió a las Antillas como ayudante del general Pín. Después marchó de voluntario a Filipinas, haciendo toda la memorable campaña de Cabite, a las órdenes del ilustre general Marina. Su cuerpo, conserva como testimonios gloriosos de su historia, las cicatrices de las heridas recibidas en inolvidables hechos de armas y sobre su uniforme, lucen condecoraciones valiosísimas, testigos de su valor, heraldos de su heroismo.

Hoy forma parte del ejército de Marruecos. Allí esmaltará su nombre con nuevos títulos de honor; porque para él, para los hombres como él, que erigen en la conciencia un altar a la patria y a la patria ofrendan el santo amor de la vida, son los laureles que la patria guarda para engarzar a las coronas de sus héroes.

D. Pedro Feijóo Díaz

Reside en Monforte, y cuentan los monfortinos que no hay para él, dentro y fuera de la histórica ciudad de los Condes, más que expresiones de respeto y de gratitud. Es hombre adinerado, y sabe mirar a las clases humildes con gesto amable y piadoso, desde lo alto de su posición privilegiada. Abogado muy culto, pero alejado de la profesión, por amor a esa independencia amable que fomenta la calma y el sosiego de que han menester las almas buenas y los caracteres modestos.

Figura en la política, rindiendo el tributo de sus iniciativas y talentos a la vieja amistad que le une con el exministro Sr. Osma. Los hombres como el Sr. Feijóo Díaz, no saben ser vanidosos; pero tampoco saben rehuir el esfuerzo ni esquivar el sacrificio cuando los evoca la voz de los afectos personales, honradamente sentidos y profesados. Es hoy tan amigo del Sr. Osma, como lo fué algún día del malogrado D. Alfredo Paradela. Al lado de ellos estuvo siempre, con una constancia que da fe de su admirable civismo. Es diputado provincial por Monforte-Quiroga, y, ciertamente, que ninguno de sus compañeros le aventaja en entusiasmos, en iniciativas, en orientaciones favorables al desarrollo de los intereses públicos.

Presidió varios años la Corporación provincial de Monforte, y basta recordar su gestión de entonces para justificar ese alto prestigio en que ha llegado a colocar su nombre.

Don Julio García

Preguntad en todo el partido de Chantada quién es D. Julio García, y os contestarán, amigos y adversarios, que es, políticamente, un enamorado sincero de la obra liberal, y, personalmente, un caballero cumplidísimo y amigo entrañable y leal de sus amigos. Esta es la síntesis de su personalidad. Hace bastante tiempo que representa en la Diputación provincial el distrito de Chantada-Sarria, y, ciertamente, que a nadie pudieran otorgar con más acierto sus poderes los chantadinos y los sarrianos.

Cuéntese que D. Julio García no es un político rural, en la acepción corriente y familiar de la palabra. Su gestión tiene un sello de altura. Y es que siente los ideales y ama los principios por su virtualidad esencial y no por lo que de inmediato y localista significan. No es posible que se pueda exigir abstención más grande de todo personalismo político; pero tampoco existe voluntad más disciplinada ni más atenta a la administración escrupulosa de los intereses confiados a su custodia.

En proverbial su seriedad en este orden de cosas. Por eso le respetan y le quieren, correligionarios y adversarios. No sabe ni supo nunca granjearse desafectos y antipatías. Su carácter va derramando las mieles de un espíritu abierto a la efusión y al cariño para hacer que fructifique la planta de las amistades sinceras y honradas. Es jovial, expansivo, decidor, y lo mismo sabe convencer con un razonamiento que suscitar la hilaridad con un chiste. Es, en suma, un hombre de bien, sin afectaciones ni barnices de cascabel.

D. ANTONIO ABELLA

Fiscal de la Audiencia provincial de Lugo; una figura verdaderamente prestigiosa de la Magistratura española. Siento no escribir su biografía; sé que tiene un brillantísimo historial dentro de su carrera. Es el hombre íntegro por excelencia. Ama la Justicia con ese amor de idolatría que se pone en los cultos más fervorosos del alma.

Su figura en estrados, revela un espíritu fundido y templado en el estudio de ese medio social donde se revuelven y confunden los vicios y las pasiones.

Es un criminólogo eminente, hecho en el laboratorio silencioso de las bibliotecas, primero, y en el diorama, vasto y polícromo, de la vida, después. La visión del delito le repugna, porque es un corazón efusisivo y grande. Compadece al delincuente. No discurre por el banquillo una de esas doloridas figuras del hampa, que no haga vibrar en su conciencia la fibra de la misericordia y del perdón; pero sabe ocultar el gesto benévolo bajo la capa de una aparente rudeza. El juez, inflexivo y severo, se impone al hombre generoso y magnánimo. Es en todo tiempo el vigía inconmovible de los fueros de la ley. Los informes acusatorios del Sr. Abella, son una especie de talismán para el público lucense, que acude a llenar el amplio salón de la calle del Castillo. Su palabra es serena y reposada a veces y cálida y vibradora otras. Razona con dialéctica abrumadora y borda el lenguaje con filigranas retóricas dignas de los grandes maestros de la elocuencia forense.

D. José Arias Lombardero

No se le puede juzgar en política, porque va por vez primera a la Diputación provincial. En ella representa el distrito de Lugo; pero no sería aventurado augurar grandes aciertos en su gestión, ateniéndonos a su historia de hombre inteligente y luchador. Fué, hasta ahora, alcalde del Ayuntamiento del Corgo. Reside en Lajosa, y allí supo crearse una gran independencia personal, cimentada al amparo de una fortuna cuantiosa, que supo elaborar con el trabajo honrado y constante de muchos años. La vida del negocio, ofreció al Sr. Arias Lombardero triunfos no superados por nadie entre nosotros, y es fácil colegir que en la vida de la política siga acompañándole el dios éxito. Va a ella, con juventud, con energías, con un alma templada en los azares de un largo batallar y con un círculo de personales relaciones que dan fe de sus grandes y notorios prestigios. Es hombre ilustrado, con esa ilustración sana y robusta que se adquiere en la escuela de la vida. Está intimamente ligado a elementos muy valiosos del partido liberal y dispuesto, sin duda, a sumar su voluntad y su esfuerzo a la causa en cuya defensa han conquistado aquéllos la aureola de pública reputación que les acompaña. Es una figura connotada del presente y una gran esperanza del mañana.

D. MANUEL ORDAX

Es hijo de Madrid, pero puede considerársele gallego, porque en Galicia ha constituído un centro de afecciones y un nido de recuerdos. Vino a Lugo con su padre, Gobernador liberal que ha dejado imperecedera memoria de su gestión al frente de esta provincia. Por reñida y brillante oposición, ingresó en Estadística, a cuyo cuerpo facultativo pertenece. Pasó después a la Hacienda, sufriendo ascensos diversos, desde oficial quinto hasta jefe de Negociado. Es Profesor Mercantil, cuyos estudios realizó en la Escuela Central de Comercio, de Madrid.

Hasta aquí, las referencias, sucintas y vagas, que acerca de él he obtenido. Ahora, lo de observación directa, lo de propio juicio. D. Manuel Ordax, es un funcionario competentísimo, como hecho, al fin, en la brega diaria de la oficina. Posee vastos conocimientos administrativos y está identificado en absoluto con el funcionamiento complejo de los organismos diversos que constituyen el engranaje de la Hacienda española. Tengo entendido que las dependencias que operan bajo su función directiva, constituyen un verdadero modelo de actividad y de orden. Es recto y escrupuloso en el desempeño de sus funciones, en el cumplimiento de sus deberes; pero no eleva su condición de jefe a la categoría de una disciplina intolerante y rígida. Más que el jefe, es el compañero y el amigo; y este modo de ser del Sr. Ordax, como servidor del Estado, dentro de su despacho oficial de la Delegación de Hacienda, le retrata como ciudadano y como caballero en el orden de sus relaciones privadas. Es serio, sin que su seriedad llegue a la rudeza, y es atento y delicado, sin incurrir en lo artificioso y vulgar. No sabe negar un favor, no sabe desairar la solicitud humilde de un servicio; pero tampoco sabe doblegar su entereza ante la exigencia o la imposición. Esta es su estética. Este es su tipo moral.

Don Enrique Bolaño

Jefe de Telégrafos, de Lugo. Es una de las figuras locales más respetadas y queridas, por sus grandes prestigios y por las excepcionales prendas personales que le adornan. Le conozco mucho; me honro con su trato, tengo en alta estima su amistad, y estas mismas circunstancias oblíganme a ser parco y comedido en el elogio de sus virtudes. Seguro estoy de que habrán de contrariarle estas líneas, porque es el Sr. Bolaño, antes que otra cosa y por encima de todo lo demás, el prototipo acabado de la modestia, no de esa modestia artificiosa, bajo cuya capa se ocultan vanidades toscamente disimuladas, sino de la modestia sincera y sentida, de esa modestia innata en todos los hombres de positivo valimiento. Es hombre de cultura general muy envidiable; habla de todo con maduro y prolijo conocimiento de las cosas. Su carácter está formado en esa amplia visión de la vida que permite vencer convencionalismos rancios y preocupaciones arcaicas. Los oficiales de Telégrafos dicen que no es el jefe, que es el amigo cariñoso, el compañero leal; y los que no compartimos con él las funciones de la vida oficial y modelamos nuestro juicio en otro orden de observaciones, tenemos para el caballero cumplido y para el ciudadano intachable un sentimiento de respeto devoto y de elevada estimación. D. Enrique Bolaño, es hombre que ha nacido para atraerse voluntades, para conquistar afectos, porque afectos y simpatías siembra él en su paso por la vida.

D. Antonio Martí

Es modesto, sinceramente modesto, genuinamente modesto, como lo son los hombres que valen, aquellos que por pensar en algo, no tienen tiempo de pensar en sí mismos.

Martí es un músico, pero un músico, tal y como suena. Sin vestirse de oropel ni adornarse con plumajes de artificio, hace honor cumplido al sitial que ocupa en el mundo del arte. Vino a Lugo de maestro de coros en la compañía de zarzuela, cuya orquesta dirigía el famoso maestro Vicente Peydrós. Y en Lugo se quedó. Elementos entusiastas de esta capital, hicieron justicia a sus relevantes méritos y le encomendaron la reorganización de la Banda Municipal.

El Círculo de las Artes, por su parte, quiso utilizar sus servicios como pianista, y a los requerimientos de unos y otros accedió el talentoso artista, quedándose desde entonces entre nosotros, y entre nosotros vive, rodeado de afectos y de simpatías.

No sé qué tiempo lleva en Lugo el Maestro Martí. Varios años—el número importa poco—y puede asegurarse, sin hipérbole, que no ha conquistado un desafecto personal. Caballeroso y atento, naturalísimo y afable en su trato; llano, sencillo y cortés, puede decirse que quien le habla una vez es su amigo. De ahí la popularidad de que goza.

Como director de la Banda, harto conocida en su labor, una larga labor de organizacion, primero, y una labor técnica, esmerada y delicadísima después. Martí es un esclavo de la disciplina severa, rígida, casi militar. Su dirección no se limita al manejo de la batuta, la extiende a otros órdenes, completando una verdadera obra educadora, disciplinaria. Si preguntáis a técnicos, os dirán: Martí es un Maestro; si preguntáis a profanos, os dirán que además de un excelente músisico, es una excelente persona, un amigo de todos, leal y cariñoso.

D. Manuel Alonso Ledesma

Quiso ser sacerdote, pero no le llamaba Dios por tan buen camino. En Salamanca cursó el Bachillerato, después de haber llegado a cursar Teología en el Seminario de la misma ciudad. Ingresó luego en el Cuerpo de Prisiones, y, posteriormente, en la escuela de Criminalogía, obteniendo en ella el cargo de Ayudante y pasando después a la Cárcel Celular de Madrid, en tiempos de Salillas, en cuya Secretaría particular prestó también sus servicios, habiendo merecido su afecto cordial y su confianza absoluta, como los mereció más tarde del Sr. Navarro Palencia. Al ascender a Subdirector, se fué a Zamora, en cuya cárcel operó reformas importantísimas, que hacen memorable su gestión. No se puede recordar esta etapa, brillante por cierto, del Sr. Alonso, sin registrar el siguiente episodio: El 20 de marzo de 1913, se fugaron varios presos; dos de ellos eran de consideración, dos condenados a muerte. Lanzóse en persecución de los fugitivos sin cooperación de nadie, y a la media hora, estaban éstos nuevamente en sus celdas. Después desempeñó las jefaturas de las cárceles de Sequeros y Alba de Tormes; pero ¿a qué citar más detalles de su historia? Es un escritor galano, y, sobre todo, concienzudo y erudito. Posee extensos conocimientos de Derecho Penal. Acerca de estos estudios ha publicado magistrales artículos en periódicos de gran circulación y en revistas de gran nombradía.

Es serio, pero atento, caballeroso y buen amigo.

DON BASILIO DOMÍNGUEZ

Es el jefe de la acreditada sucursal establecida en Lugo por la prestigiosa Casa Bancaria de Orense, que opera bajo la razón social de P. Romero y Hermanos. Lleva entre nosotros pocos años, y a pesar de ello ¿quién no le considera ya como un lucense?

D. Basilio es uno de esos hombres para quienes no se han hecho las exteriorizaciones aparatosas, las apariencias de relumbrón. Es serio, reservado, aplomadísimo en sus palabras y sus actos, como carácter formado, al fin, en el ambiente áspero y callado de las altas especulaciones mercantiles. Los que íntimamente le tratan y conocen al detalle su gestión directiva al frente de la citada Casa Bancaria, aseguran que es una verdadera competencia, una autoridad indiscutible en el estudio y desarrollo de los negocios que caen dentro de su esfera de acción.

En Lugo ha sabido rodearse de un círculo de amistades y relaciones valiosísimas. Recientemente fué llevado a la Junta Directiva del Círculo de las Artes, como Depositario de los fondos de aquella floreciente Sociedad de recreo y no será difícil que, andando el tiempo, le veamos desempeñando otros cargos y ocupando otros puestos de significación en nuestra vida local. A todo ello se hace acreedor por los prestigios que acompañan a su nombre, por las estimables prendas personales que le adornan, por la garantía, que en todo tiempo constituye, de independencia y de rectitud.

D. Modesto Travadelo

Es uno de los industriales lucenses de mayor crédito y prestigio. Opera en un círculo muy amplio de relaciones mercantiles.

La razón social «Travadelo y Compañía» es una firma que goza en Galicia de popularidad y reputación muy sólidas. El Sr. Travadelo es hombre que ha nacido para la vida de los negocios. Es incansablemente laborioso, tiene esa inteligencia clarísima que es necesaria para abarcar con certero golpe de vista el campo vastísimo de la especulación comercial; goza de relaciones muy extensas en todos los órdenes de la vida y cultiva esas relaciones sin sacrificar jamás su personal nd ependencia.

No tengo noticia de que figure en las luchas activas de la política militante. Ideológicamente, es hombre de las derechas, porque gusta de ese ponderación, de ese equilibrio admirable que campea en los principios y en los credos de viejo arraigo en el alma española. Repúgnanle falacias y concupiscencias. Para él, debiera deslizarse la vida en ese ambiente de luz y taquígrafos, que diría Maura.

Serio, aplomado, amigo de la sencillez y de la verdad, desconoce los cambios de postura y las metamórfosis de carácter: es siempre el mismo. Odia los postines y las caretas. No transige con las bullanguerías al uso. Es correctísimo, impecable en su trato, delicado en sus maneras, caballeroso en sus actos, sincero y leal en sus afectos.

Este es el retrato del Sr. Travadelo, tal como yo lo veo y tal como lo vemos todos.

D. Manuel García Blanco

Jefe de la sección de Estadística de esta provincia, y uno de los más cultos y galanos escritores de Galicia.

En las colecciones de *El Progreso* guárdanse meritísimos trabajos suyos, y las columnas de *El Norte de Galicia* fueron avaloradas con su firma durante mucho tiempo. Pertenece al Cuerpo de Estadística por reñida y brillante oposición, y, aparte de su autoridad indiscutible dentro de la carrera, posee conocimientos vastísimos de ciencias, de arte, de literatura.

Como estilista, merece con justicia el dictado de maestro que le asignara otro de los más atildados prosistas lucenses en reciente y memorable campaña periodística. Es castizo en el giro e impecable en la dicción. Posee, como un secreto, ese arte difícil de adjetivar, que constituye la vida, la expresión, el colorido de la prosa. En el fondo, es el pensador sesudo y profundo, que enseseña y educa.

Tiene, además, una virtud elevadísima: la de ser el polemista fino y discreto. En este ambiente de vulgaridad y chocarrería, donde la palabra y la pluma destilan siempre un sabor de fulanismo, de critiquilla menuda, de murmuración casera, la figura del Sr. Blanco destácase con el relieve sobresaliente de algo exótico y admirable. Como funcionario del Estado, no hay para qué juzgarle. Se le califica en dos palabras: cumple el deber y dignifica el cargo. Y en otro orden de relaciones, creo sinceramente que es ofenderle el tributarle elogios. Su carácter, su trato, sus portes y sus maneras, retrátanle como espejo de caballeros y de ciudadanos.

D. Ramiro Valcárcel

Una de las figuras gallegas más prestigiosas de la Magistratura y del foro. Es un excelente civilista. En el ejercicio de la profesión, primero, y en elevados cargos de la Judicatura después, elevó a muy alto rango sus prestigios, colocando su nombre a la altura de las más significadas reputaciones.

Le conocí hace bastantes años, siendo juez de primera instancia en Mondoñedo. Allí gozaba de una aureola de popularidad envidiable por su rectitud acrisolada y por su competencia indiscutible. De aquel juzgado pasó a Becerreá, si mal no recuerdo, y allí supo continuar el historial brillantísimo de su carrera, afirmando más cada día la nota de su integridad y amor a la Justicia. Hoy preside la Audiencia provincial de Lugo y sería oficiosidad imperdonable intentar un comentario a su gestión, que la honorabilidad más exquisita preside y el aplauso más entusiasta acompaña. Sigue siendo el juez inflexible, el Magistrado severo, garantía inquebrantable para los fueros de la Justicia, y el jurista eminente, de talento clarísimo, cultivado en una larga vida de trabajo, en un prolijo estudio de las diversas ramas y de los complejos problemas que constituyen la abstrusa ciencia del Derecho.

La personalidad particular del Sr. Valcárcel completa su figura de Magistrado. Es enemigo de todo efectismo, de todo aparato de relumbrón. Le agrada mirar al fondo de las cosas y estudiar en su esencia con la ponderación y el equilibrio de los espíritus ecuánimes. Ríe poco; no es locuaz. Sus palabras son medidas y aquilatadas con escrúpulo y sus actos destilan siempre la honradez del pensamiento.

D. Antonio Rodríguez

Hay que juzgarle como Procurador de los Tribunales de Justicia, como político y como periodista. Estos tres aspectos de la vida, estas tres manifestaciones de la actividad humana, unificándose, complementándose, constituyen su personalidad y modelan su figura.

Como Procurador, es una de las reputaciones más sólidamente cimentadas, de la provincia de Lugo, acaso de Galicia. Activo, ilustrado, celoso del deber y amante de los prestigios profesionales. Intervino en pleitos de nombradía, y en todos dejó a gran altura su nombre.

Como político, es de los que rompen filas en las avanzadas del liberalismo; de los que van a la vanguardia. Si no fuese liberal en el procedimiento, en la forma, en el manejo de las artes de «hacer política», lo sería en el fondo, en la doctrina, en la esencia, en el ideal. Su credo es ese.

Como periodista, es de los hechos en la brega. No toma el periodismo por un sport; no lo considera como un pasatiempo divertido y ameno. Hace de él un deber; lo eleva a la categoría de un culto, puesto que el periodismo, cuando honradamente se ejerce, es un centro de educación y una escuela de civismo. Así lo entiende él.

En el orden de las relaciones privadas, no hay para que juzgarle. En Ribadeo, donde ha nacido y donde reside, es objeto de la estimación y del aprecio de todo el mundo. Y fuera de Ribadeo, su campo de relaciones acredita los serios prestigios de que disfruta.

DON MANUEL ALFONSO

Se le conoce y se le aprecia mucho en los Tribunales de Justicia, como procurador. Se le nombra con verdadero respeto en el Ayuntamiento, como concejal. Y se le recuerda públicamente con devoción y hasta con orgullo como alcalde, en épocas de anormalidad peligrosa para los intereses del municipio.

Estudió Farmacia varios años en la Universidad compostelana, pero no había nacido para componer fórmulas y abandonó la carrera, obteniendo más tarde el título de procurador de los Tribunales de la nación, único en Lugo, en virtud de poseer el bachillerato. Intervino en pleitos ruidosísimos colocando su nombre a gran altura. Políticamente, militó siempre al lado de Quiroga Ballesteros, siendo un modelo de entusiasmo, de abnegación y de constancia. Fué concejal multitud de veces y desempeñó la Sindicatura en ocasiones diversas. Fué censor de las cuentas municipales de varios años. Instruyó expediente, como juez especial, para depurar responsabilidades con motivo de sucesos ocurridos en el seno de la banda municipal, proponiendo y logrando la disolución de la misma y poniendo fin al estado de verdadera anarquía que entonces reinaba. Después fué Alcalde, y renuncio a comentar detalladamente su gestión, que sería obra de muchas páginas. ¿Quién no recuerda en Lugo el famoso conflicto de los Consumos? ¿Quién ha olvidado aquel odioso impuesto sobre el alcantarillado y los pozos negros, que creara otro conflicto no menos interesante y grave?

Pues a él se debe la solución de ambos, solución prudente, acertadísima, inspirada en el amor de los intereses públicos. Fué proclamado, diferentes veces, candidato para diputado a Cortes por el partido de Becerreá, prueba inequívoca de la alta estimación que le profesaba el jefe político de la provincia. Hace dos años que vive alejado de la vida pública, y es de lamentar, ciertamente, porque de hombres como D. Manuel Alfonso necesitan siempre los pueblos para dignificarse y engrandecerse.

Don Luis Junquera

Es el continuador de aquella obra prestigiosísima, enaltecedora para Lugo y para Galicia entera, comenzada por el insigne Montes y mantenida gloriosamente por el inolvidable Carracedo. Al lado de ellos se formó Junquera, compartiendo sus horas febriles de lucha, saboreando sus triunfos, que triunfos propios eran tambiéa, llevando al Orfeón Gallego, día tras día, el tesoro grande de sus entusiasmos, de sus energías de maestro y de sus amores de artista. Hoy es el director de la tantas veces laureada colectividad musical, y es indudable que su batuta escribirá nuevas páginas en el viejo libro de las pretéricas andanzas.

Junquera es, además de un músico excelente, un organizador incansable.

Ama la disciplina, como fundamento supremo de toda labor de orden, y cuida escrupulosamente de que a esa disciplina responda su gestión directiva, acusando con ello un elevado concepto del cargo y un profundo sentimiento de la responsabilidad. En Lugo y en el resto de la región gallega, el nombre de Junquera es una reputación musical, y acaso perjudique a esa reputación, su carácter excesivamente modesto, refratario a toda exhibición , a todo efectismo, a toda estímulo de la vanidad. Rehusa toda alabanza, aun siendo merecida y discreta. Cree que el arte es tan sagrado, que la pompa y el ruido lo profanan. Este es Junquera.

D. Eugenio Muñoz

Por el querido amigo Victor Martínez le he conocido. Fué una tarde de fiesta en el Puente del Miño, una tarde de bullicio y de jolgorio. Allí charlamos de todo: de política, de arte, de literatura... y hasta de mujeres. Le gustaron las gallegas, y le gustó Galicia, de cuyas bellezas naturales es un enamorado.

El Sr. Muñoz vino a Lugo hace escasamente dos años, a raíz de su reingreso en el Cuerpo de funcionarios de Hacienda. Perteneció a Gobernación muchos años y desempeñó cargos de significada importancia. Fué a Cuba en tiempos de la dominación española, como Secretario del Gobierno civil de la Habana. Es hijo de una distinguida familia de Madrid, prolijamente relacionada en las altas esferas de la burocracia y de la política, y tiene ese carácter madrileño, expansivo y caballeroso, eternamente jovial. Hay una cosa que distingue y singulariza al Sr. Muñoz: su sonrisa. Es especial, característica. Delata un espíritu remozado en la visión algarera de la vida. Probablemente le habrá impresionado este carácter reservado y grave de las gentes gallegas, pero convive con él porque es dútil y asequible, y, sobre todo, amante de la observación y del estudio. Acaso encuentre en este modo de ser de los hijos de Galicia algo que se presta al análisis de su espíritu excrutador. Y aquí surge un fenómeno.

No se armonizan, de ordinario, los espíritus reflesivos con los caracteres joviales, y en él se da esa rara composición de cualidades antitéticas. En el hombre serio, equilibrado y ecuánime, destácase el rasgo genial de un gran poeta festivo de la vida.

Don José Adrio Menéndez

Epiloga mi libro, y comprenderás, lector, que la delicadeza me veda llevar a la cuartilla su semblanza coesa libertad de criterio y esa independencia de juicio de que han menester las plumas honradas para escribir el elogio que se siente, la alabanza que no es lisonja. Solamente, pues, te diré, lo que tú sabes, lo que sabemos todos cuantos de nombre, o en persona, conocemos al Pepe Adrio de la «larpeirada» famosa, que es lo mismo que dedir al Pepe Adrio de aquellas crónicas de *El Norte*, sutiles, gráciles... ¿me permites decirlo? de esbelta y arrogante arquitectura literaria. No te gustará la figura, pero antes que hacer una cosa vulgar prefiero hacer una cosa rara, extravagante si tu quieres. Para todo el mundo, D. José Adrío y Menéndez es una figura respetable del periodismo, ejercido con lucidez en América y cultivado brillantemente en España. Para mí, es algo más, puesto que es el compañero leal y cariñoso erigido en maestro. Envidio su rarísima percepción de la belleza, admiro sus filigranas de estilista, aquellos bordados que en juegos delicadísimos se extienden por la superficie de la prosa, que se deslizan como danzarina cascada sobre un lecho de flores. Y cuéntese que nunca más justificada la sentencia de que el estilo retrata al autor. Porque Adrio es blando y sútil lo mismo que el lenguaje de su literatura. Hay un refinamiento aristocrático en sus maneras y una dulcedumbre exquisita en sus palabras. Es fino como la gema de una rosa. Es suave como un guante de Suecia.

D. Francisco Rodríguez

Secretario del Gobierno militar de Lugo. Es hijo de un distinguido jefe del Ejército. Puede decirse que ha heredado su amor a las armas. Niño aun, sentó plaza y a los dos años escasos ostentaba los galones de sargento. Ingresó, tras brillantes ejercicios de oposición reñida, en el Cuerpo auxiliar de Oficinas militares. Prestó sus servicios en la Capitania general de Burgos, Caja general de Ultramar y subinspecciones de la 7.ª y 8.ª regiones. Por sus relevantes servicios burocráticos, ha sido recompensado con mención honorífica el año 1899 y con la Cruz de 1.ª clase del mérito militar en 1909. Ahora acaba de ascender a teniente. Esta es su historia, a grandes rasgos trazada. Es un militar enamorado de los altos prestigios que encarnan en el ejército, como único baluarte y sostén de las pretéritas grandezas nacionales, aquí donde se ha extinguido el último rasgo de civismo, de ciudadanía, de amor y de respeto a las instituciones. Paco Rodríguez, como familiarmente le llamamos sus amigos, es un joven en cuyo espíritu retozan los grandes optimismos de la vida. Eternamente alegre, eternamente decidor, bullicioso y jovial. El mayor de sus martirios, sería la seriedad grave y austera de esos caracteres silenciosos, concentrados en sí mismos. No puede dejar de ser expansivo y locuaz; pero es a la vez aplomado, comedido y escrupuloso en sus actos. Y es, sobre todo y por encima de todo, un hombre servicial y atentísimo, correcto ciudadano y excelente amigo.

FRAY PATRICIO

¿De dónde es? ¿Cuándo vino a Lugo? ¿Su vida y sus milagros dentro de la gloriosa Orden de RR. PP. Franciscanos, a que pertenece? Contestar a estas preguntas sería atiborrar la cuartilla de datos biográficos, muy interesantes sin duda, pero que no responderían a mi objeto. Yo formulo mis juicios sobre las personas valiéndome de la observación directa. Valdrán menos, pero son míos y pongo en ellos el cariño de las cosas propias. Fray Patricio es uno de esos santos varones que han venido al mundo para afirmar en la memoria de los hombres el recuerdo y la imagen de los grandes apóstoles de la virtud cristiana. Todo bondad, todo modestia, todo mansedumbre, todo amor al bien.

Recluído en su Convento, labora silenciosamente en favor de los ideales que integran su visión de la vida, una visión elevada y generosa, formada en el estudio atento de la humanidad e inspirada en el propósito santo de infiltrar en ella sanas corrientes educadoras. En Lugo se ha organizado la Juventud Antoniana, gracias a su esfuerzo, entusiasta y reiterado. Es un espíritu organizador, incansable. Cuanto se proyecta, cuanto se realiza que tenga un aspecto y una finalidad cultural, va necesariamente unido al nombre venerable de Fray Patricio, pero calladamente, sin ostentaciones, sin alardes, como suelen hacerlo esos hombres que buscan en la soledad amable de un rincón la calma que los concentra en sí mismos, el ambiente de paz augusta que los eleva hasta Dios.

D. Manuel Becerra Neira

Es uno de esos hombres que van a la política, llevando a ella todo el caudal de sus iniciativas y energías. Hombre prestigioso, reputación sólida en las luchas públicas de la provincia de Lugo, su gestión al frente de los intereses del distrito de Fonsagrada-Becerreá es seguida del aplauso incondicional de todos. Propietario acaudalado, tiene la independencia necesaria para imprimir en su actuación el sello elevado y honroso de una gran disciplina espiritual y de un hondo y sano civismo. Es de los que dan a la política, de los que se sacrifican por ella, no de los que a la sombra de la política, aspiran a crearse hegemonías en los órdenes diversos de la vida social. Es Abogado, y su bufete, nada tiene que envidiar a los más acreditados de su partido y de la capital misma. Reside en Navia de Suarna y es allí una especie de institución, de baluarte. Su autoridad en el foro, va unida a su gran prestigio como jefe de los elementos liberales y al devoto sentimiento de respeto que a todos inspira. Fué Juez municipal, y no hay para recordar su conducta en aquel puesto: fué ejemplarísima. Es amigo incondicional y entusiasta del Sr. Portela Valladares, con quien, antes que lazos políticos, le unen viejos vínculos de afecto personal. Es un verdadero enamorado de su país y un activo y celoso defensor de cuanto puede contribuir a su bienestar y engrandecimiento. No es amigo de exhibiciones. Tiene carácter reservado, pero es bondadoso, y sobre todo, y por encima de todo, un gran amigo de la justicia.

Don Máximo Cancio

Joven, culto y rico. Es hijo de una de las familias más distinguidas de Asturias. Reside en Castropol, y allí representa la política de Loriente, la política reformista, el credo social que encarna, dentro de las instituciones; los ideales más elevados de regeneración y de progreso. Es un luchador entusiasta y abnegado. No siente desmayos ni tibiezas, porque no esquiva el esfuerzo ni rehuye el sacrificio. Es abogado ilustradísimo, pero no ejerce. Su fortuna permítele vivir alejado de la profesión, y la política absórvele entusiasmos y consúmele energías. A contribución de ella pone todo su gran valimiento. Es un propagandista de la doctrina, un enamorado de la idea, un apóstol de la causa y un mártir de la fe. De ahí su gran popularidad en toda la tierra asturiana.

Personalmente, es un alma sencilla, un carácter bondadoso, un espíritu que se consagra de lleno al bien. Las puertas de su casa solariega, de aquella hermosa finca que domina, como torre señorial, la ría plateada y silenciosa del Eo, abiertas están siempre de par en par a todos los humildes, a todos los desheredados, a todos los que llevan una tristeza en los ojos y una súplica en los labios. Es caritativo, sinceramente amigo del pobre, generoso, filántropo y altruista por impulso devoto de su corazón efusivo y grande. Nadie invoca en vano su protección; en otorgarla encuentra la más honda de las satisfacciones y el más íntimo de los placeres.

Don José Rodríguez

Jefe principal de Correos de la provincia de Lugo. Uno de los hombres más modestos y caballerosos que he conocido en mi vida. Para el Sr. Rodríguez no se han hecho las exhibiciones ni los artificios. Ve las cosas al través de un prisma natural. Dentro y fuera de la oficina, es siempre el hombre de trato amable y sencillo, de corrección exquisita y bondad inagotable.

Dentro del Cuerpo de correos, constituye su nombre un verdadero prestigio. El cumplimiento del deber halágale y enorgullécele, no por la imposición despótica del deber mismo, sino por esa íntima satisfacción que produce el convencimiento de haberlo cumplido. Es, más que jefe, compañero de sus subalternos; un amigo y un defensor de ellos en todo momento. No tolera que traspasen el umbral de la oficina enconos o malquerencias. Sabe castigar con mano ruda, cuando el castigo se impone como ejemplaridad educadora, pero sabe también mantener en alto parangón el buen nombre y los prestigios de la clase. Es francamente servicial y atento, Para obtener de él un favor, no es necesario invocar intimidades. Así como sería incapaz de faltar a sus deberes para servir a un amigo, también lo es de desairar la solicitud amable de un servicio, cuando dentro de sus deberes puede atenderse. No es de los que ríen mucho ni de los que sustituyen la buena voluntad con el almíbar de la palabra melosa. Al contrario, su carácter es serio y su conversación austera y aplomada.

Don Agustín Mojares

Si en los grandes centros, si en las capitales populosas, son difíciles y complicadas las funciones policiacas, lo son más, sin duda alguna, en pueblos donde el mezquino ambiente social entibia los entusiasmos y paraliza las iniciativas. D. Agustín Mojares, Inspector jefe del cuerpo de Vigilancia, de Lugo, opera en un círculo de acción reducidísimo para el desenvolvimiento de energías y aptitudes. En los servicios encomendados a la gestión de la policía, como en todo orden de actividades humanas, hay dos misiones distintas: la del cerebro, que piensa y la del brazo que ejecuta; la acción del genio y la acción de la rutina. El sabe atender, solícito y cuidadoso, al cumplimiento estricto de los deberes de su cargo y consagra, a la vez, la atención y el interés debidos al estudio de los arduos problemas que informan la alta función social del mismo. En Madrid, donde lo ejerció bastantes años, supo dignificarlo con su conducta y ennoblecerlo con su ejemplo. En Lugo hoy, continúa escribiendo su hoja de servicios, honrosa y brillante. Es hombre que goza de altas relaciones en la sociedad madrileña y entre los prohombres de la vida pública. Su seriedad, es en todo momento, la garantía de una rígida disciplina moral; pero esa seriedad está en perfecta armonía con su carácter asequible y bondadoso, con la delicadeza de su trato y con la caballerosidad de sus portes.

D. Angel Guiance Pampín

Nació para la Policía. Su temperamento, su estética personal, ajústase en un todo a los moldes creados para el desempeño de tan difíciles funciones. Ejérció el cargo en Barcelona y en Vigo, dos ciudades donde, indudablemente, se funden y troquelan los caracteres que han de pasar por la vida ejerciendo un ministerio de educación y de disciplina. Paréceme dudoso que pueda deslizarse ante sus ojos, sin ser vista, una figura del hampa, grande o pequeña. Hablo de los hampones rebeldes. El los conoce, y cuando no los conoce, los huele, y cuando no, los presiente o los adivina. Tiene lo que pudiéramos decir vis policíaca, verdadero ojo clínico. Guiance es segundo Inspector en Lugo. Tengo entendido que ese cargo, en la modernísima clasificación inventada por La Cierva, corresponde a la categoría de Aspirante; pero, como dicen los franceses, el nombre no hace a la cosa.

Lo importante es la función, y pocos sabrán colocarse a mayor altura dentro de ella. Si en vez de una rápida silueta de su personalidad me propusiera escribir un detallado historial de su vida, llenaría páginas y más páginas de este libro con los muchos y muy brillantes servicios prestados en las distintas capitales donde se guarda recuerdo imperecedero de su gestión. Guiance es la actividad en persona y el nerviosismo en acción perpetua. Para él no se hizo el reposo. La vida sosegada y tranquila del burgués, sería su mayor suplicio. Ama el trabajo con el amor de las más santas devociones y téngase presente que a su perspicacia y a su talento cultivado en la ruda brega de muchos años, une la cultura adquirida en los libros y ese particularísimo don de gentes que es patrimonio de los hombres educados en la gran escuela del mundo.

D. MANUEL ROCA

Sin ostentaciones, sin aparato de relumbrón, figura el Sr. Roca Varela entre los médicos lucenses con antiguos y sólidos prestigios. Cuentan sus coetáneos que ha sido un excelente estudiante da la Universidad compostelana. Después vino a establecerse a Lugo, donde radican sus importantes propiedades y donde está ligado por vínculos de estrecho parentesco con distinguidas familias.

Es médico municipal, uno de los que más trabajan, esquivando siempre el dar a sus éxitos profesionales esa popularidad bullanguera de que hay tantos devotos en todos las órdenes de la vida.

Fué concejal del Ayuntamiento y luchó con verdadero entusiasmo en pro de los intereses del municipio. Los que con él compartieron la ruda labor allí realizada, conservan del compañero un gratísimo recuerdo y el pueblo de Lugo guarda memoria de su gestión acertada y fructífera.

Su característica es la modestia. Distínguele ésta en todos los órdenes de relaciones: en el profesional, en el político, en el particular. Habla poco; es serio y amigo de la verdad. Su visión de la vida no tiene coloridos ni barnices de fantasía. Es uno de esos hombres para quienes hay una escuela suprema: la de la realidad.

DON MARIO PAEZ

Hijo de una distinguida familia de Cataluña. En Madrid, en la Escuela de Arquitectura cursó con gran brillantez los estudios de la carrera, que ejerció en Murcia algún tiempo conquistando legítimos prestigios. Desde Murcia vino a Lugo, logrando rodearse desde los primeros momentos de grandes simpatías entre la gente joven, que le respeta por su cultura y le quiere y estima sinceramente por sus personales prendas. Ejerce el cargo de arquitecto provincial, habiendo dirigido importantes edificaciones particulares, y, con singularísimo acierto, las obras de la Delegación de Hacienda y de la fachada del templo de la Nova. A él se deben, asimismo, interesantísimos estudios para dotar a Lugo de muy útiles mejoras, siendo digno de agradecimiento y de aplauso el absoluto desinterés con que en todo momento ha procedido.

Es un entusiasta del divino arte. Ama la música con la devota efusión de un alma enamorada de la belleza.

Es joven, frisará en los treinta años, pero hay en su carácter, en su trato y en sus maneras, el equilibrio, el aplomo, la madurez que no suelen ser patrimonio corriente de los años mozos. Es naturalmente bondadoso, con esa bondad innata en los espíritus que han nacido para sentir y practicar el amor al bien.

D. Bienvenido Flandes y Miguel

Tengo algunas referencias de su vida militar; pero prescindo de ellas; prefiero juzgarle desde los puntos de vista que me sugieren observaciones y juicios personales. Fué bravo y pundonoroso defensor de la patria. Forma en esas filas que constituyen el blasón glorioso de la bandera gualda y roja. Era Alférez el 74; teniente, el 75; capitán, el 90, y es comandante desde el 97. Este último ascenso, débelo a méritos de guerra. Fué herido en varios combates y posee honrosísimas condecoraciones; entre otras, dos Cruces Rojas del mérito militar, pensionadas, de 1.ª clase; Cruz y Placa de San Hermenegildo, medalla de sufrimientos por la patria, medallas de la guerra civil, con pasadores de Seo de Urgel, Castella de Nue, Piente de Reventí, Cantavieja, Vera, Peña Plata y Olot. Posee también medalla del mérito civil concedida por su gestión patriótica, acertada y digna, como Gobernador de la Isla de Tartac, en Filipinas.

Hasta aquí el militar. Ahora dos palabras, nada más que dos palabras acerca del concejal del Ayuntamiento de Lugo, del ciudadano y del amigo. D. Bienvenido Flandes, hombre avanzando en ideas, de espíritu fundido en las corrientes y enseñanzas de la época, es un enamorado de todo lo que significa progreso y un defensor entusiasta y generoso de toda obra grande y buena. Al Ayuntamiento lleva el esfuerzo de su voluntad indomable en pro de toda causa justa, y en el círculo de sus relaciones sociales confirma el concepto que del caballero, del hombre íntegro y cumplido mereció de cuantos le conocieron durante su larga, accidentada y honrosa vida militar.

D. Luís Medina Jurado

Es catedrático auxiliar de Letras del Instituto de Lugo, uno de los hombres de más positivo valimiento dentro del profesorado español. Hoy desempeña la cátedra a cuyo frente estuvo durante muchos años el inolvidable D. Eduardo Santamaría. Siente devoción intensa por los estudios geográficos. Tengo entendido que en reciente fecha hizo oposición a una cátedra de Geografía industrial, no recuerdo en qué populoso centro de España. La Geografía en sus distintas ramas y en sus relaciones múltiples con otras ciencias, constituye su afición más arraigada y el verdadero centro de su actividad mental. El Sr. Medina es, además, un gran pedagogo moderno. Sabe que no basta enseñar, que es necesario saber enseñar y a esa ciencia, compleja y ruda, a ese arte dificilísimo, consagra las energías todas de su espíritu joven, mozo aún; de un espíritu hecho a la brega del estudio y templado al fuego de las altas disciplinas del entendimiento. No es tan sólo el catedrático; es también el educador, a cuyo lado se forman voluntades y caracteres.

Además de la Licenciatura en Filosofía y Letras, tiene otra carrera de marcadísima significación social: pertenece al Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. Posee vastísima cultura general y es persona cuyo trato se busca y se codicia. Dentro del aula es el compañero de sus alumnos, una especie de hermano mayor de sus discípulos, y fuera de ella, el caballero impecable por lo atento y cumplido. Es hombre de modales finos y distinguidos y de conversación discreta y amena. Atrae al primer golpe de vista por la afabilidad de su carácter. Es, en suma, lo que llamamos un hombre de sociedad.

D. Juan Varela

Es hijo de Lugo, del pintoresco pueblecillo de Meilán que se alza en la ribera frondosa del Miño. Pertenece al Cuerpo facultativo de Montes, en el cual ingresó por reñida oposición. Figura como excedente del mismo hace 14 años. En asuntos de minería es una autoridad indiscutible, una reputación y un verdadero prestigio.

Fué alma y vida de los trabajos preparatorios realizados para la explotación de la riquísima cuenca de Villaodrid, una de las zonas mineras más importantes de la región gallega. Fué propietario de ella y aun hoy conserva grandes intereses que contribuyen al desarrollo del negocio. Las famosas minas de la Silvarosa, de Vivero, representan para él una verdadera fortuna. Suya fué toda la extensa región que hoy se explota con asombrosos rendimientos. Hoy es coopartícipe de cinco grandes yacimientos con un inteligente y adinerado extranjero: D. Francisco Rodríguez Villanueva y disfruta de la propiedad exclusiva de otros, no menos importantes.

D. Juan Varela es hombre de seriedad reconocida, de prestigios sociales bien ganados en su vida ejemplar de ciudadano. Es poco dado a efectismos halagadores. Tiene ese carácter serio y firme de los hombres que se hacen en la lucha. Esto no desvirtúa su natural bondadoso. Es sinceramente amigo de hacer bien, pero sin ostentaciones; porque su característica es la modestia.

D. Luciano Fernández

Es leonés. Lo delata la fibra de su carácter, fibra recia, formada en el ambiente de una raza que lleva el sello típico de la altivez y de la hidalguía. Es catedrático del Instituto de Lugo. Enseña Matemáticas y no hay hipérbole en asegurar que es uno de los profesores más autorizados de España, por su competencia indiscutible, demostrada en reñidísimas oposiciones.

Entre sus compañeros goza justa fama de catedrático ilustradísimo; entre sus alumnos, corre nota de amigo bondadoso, de consejero paternal, y entre el público, entre la Sociedad lucense, goza del prestigio elevado de las grandes figuras, de las que brillan con resplandor propio, por su intelectualidad y por sus virtudes. Es modesto, si la modestia existe. Jamás le oiréis hablar de si mismo, y si alguien le recuerda sus triunfos o enaltece sus méritos, suele, discreto y cortés, dar otro rumbo, otro giro a la conversación, distanciándola de todo lo que pueda significar halago del amor propio, estímulo de la vanidad. Nació para esa vida silenciosa en que se laboran las reputaciones sólidamente cimentadas. Repugna el ruído, la bullanga, porque sabe que es en esos artificios donde se fabrican las figuras de oropel. Es un perfecto caballero, un excelente amigo, un corazón francamente enamorado de todo lo que entraña un ideal levantado y noble.

Don Francisco Perfeito de Magallahes

Hermano político del Excmo. Sr. Conde de Villasboas. Vino a Galicia huyendo de las enconadas revueltas de su país. Se estableció en Lugo y en Lugo reside, habiéndose creado en poco tiempo afectos y relaciones muy estimables. En su tierra, es una figura de marcadísimo relieve social. Culto y rico, una de sus principalísimas distracciones, uno de sus más caros placeres, ha sido siempre y es hoy mismo, el recorrer países extraños, conocer gentes nuevas, orear su espíritu con las impresiones danzarinas que ofrece el vasto panorama del mundo. Así formó su espíritu de artista. Es un literato de vigorosa fibra. Escribió mucho. Hoy encauza sus aficiones hácia la dramaturgía. Sé que tiene comedias inéditas de relevante mérito, y es lástima, ciertamente, que no venza los escrúpulos de su modestia y se lance a buscar en el teatro el incentivo halagador del aplauso.

Su fortuna, no es de las que se estacionan en el fondo de las grandes cajas bancarias. Se mueve, se agita en especulaciones industriales. Posee varias fábricas importantísimas, y extiende y ensancha, más cada día, el círculo de sus relaciones con los principales centros fabriles y comerciales de Europa. Es hombre de trato distinguido, de conversación amena, de carácter afable y bondadoso. Tiene en sus maneras y en sus portes, el sello típico de un aristocratismo delicado que delata su origen y su educación social.

D. JUAN VIDAL

Han pasado los años, y con ellos fueron extinguiéndose los entusiasmos y las energías vibradoras de una juventud consagrada por entero a la lucha. Pero quedan todavía aquellos rasgos, aquellas líneas, aquellos surcos que conservan la huella, fija e imperecedera, de un espíritu de titánicos arrestos. Desde muy joven, desde casi un niño, figuró en el batallar activo de la política. Fué uno de los más decididos paladines del partido conservador en la provincia de Lugo. Uniéronle vínculos de amistad muy estrecha al inmortad Romero Robledo, a quien hospedó en su casa, en su gran casona solariega, cuando, con el insigne Cánovas del Castillo, visitó la ciudad del Sacramento, en época harto lejana ya. En Lugo fué alma y vida de esa política canovista. Nada se pensaba ni hacía sin su apoyo, sin cooperación, sin su consejo. Ejerció durante muchos años, muchísimos, el cargo de procurador de los Tribunales de Justicia, y en todos los pleitos y causas en que intervino dejó su nombre colocado a la altura de las más sólidas reputaciones.

Fué un verdadero dignificador de la clase. Hoy los años oblíganle a permanecer aislado de la profesión y de la política. Vive retirado, disfrutando de ese dulce ambiente de paz y de sosiego que crean la fortuna y los prestigios sociales. En la playa de Miño, posee magníficas fincas de recreo y en ellas pasa largas temporadas tonificando los pulmones y el espíritu con las brisas del mar y la visión de aquellos horizontes de paz augusta. Es hombre muy serio, poco dado a efectismos, pero cumplidísimo, atento, caballeroso y amigo de complacer y de servir. En Lugo todo el mundo le estima y le respeta, y en Madrid mismo, a pesar de que la muerte fué diezmando su círculo de relaciones, conserva muchas y muy valiosas amistades.

D. José Alfonso

Hombre de grandes prestigios entre la buena sociedad lucense y de muy altas y valiosas relaciones en el mundo de la política liberal, en cuyo campo milita desde tiempos viejos.

Adinerado propietario, dueño de un vasto patrimonio asentado en el corazón de la provincia de Lugo, es, por su posición, por su seriedad, por el ambiente de popular respeto y de general cariño que le rodea, una de las figuras que más se destacan por sus méritos propios y personalísimos. Es sobrestante de la Diputación, el decano del Cuerpo facultativo de obras provinciales, y puede considerársele una verdadera reputación, una indiscutible autoridad dentro de aquella casa. Fuera de ella, es un ciudadano modelo de hombres serios y equilibrados. Su estética personal no es compleja y obscura; es sencilla, como la de todos los espíritus formados en la realidad de la vida y enamorados de ese ambiente de sinceridad y de franqueza que conforma el carácter de los hombres buenos.

D. José es uno de ellos, uno de esos hombres para quienes la bondad no consiste en el almíbar de las palabras ni en el cómico artificio de los gestos. Bueno por que si, por serlo, porque nació bueno, porque es tendencia natural de su espíritu, consagra al ejercicio del bien esa nota amable de silencio y de modestia que riñe con toda exhibición banal y grosera. Adora la aldea, la rusticidad hermosa de las cosas; rehuye el bullicio y la pompa. Reside en Lugo las horas exclusivas que de su actividad exigen los deberes del cargo, y fuera de ellas, no hay nada que le arrebate a la solariega calma de su hermosa finca de Nadela, donde vive una regalada y plácida existencia campesina.

D. Marcelino Ribas

Lógico es, lector, que cierre este capítulo de semblanzas con el mismo nombre con que lo he abierto. La de D. Marcelino Ribas la tengo hecha. Ahí van esos párrafos, que aunque míos en a forma, responden a juicios ajenos. Son retazos de una crónica de viaje...

El coche se detuvo. Alzábase frente a nosotros un edificio moderno de esbelta arquitectura, de elegante apariencia. Allí debía residir algún ricacho de la montaña, alguno de esos viejos próceres de la política y del dinero que gustan de vivir en la amable paz, en la calma solariega de los rincones nativos.

Y así es, en efecto.

—Esa casa—me dijo un compañero de viaje, un amable señor de barba gris y lentes de oro, que vive en la ciudad de la Paula,—esa casa es la de D. Marcelino Ribas.

Agucé mi curiosidad. Desde niño había oído hablar de D. Marcelino Ribas, hombre de interesante historia en las luchas políticas de la provincia y a quien debe el distrito de Abadín, dentro del silencioso laborar de los espíritus modestos, favores muy estimables.

—En esas casas que V. vé—siguió mi amable interlocutor—ha reunido el Sr. Ribas las dependencias oficiales de su distrito: el Ayuntamiento, el Juzgado, las Escuelas nacionales de niños y niñas. En Abadín y gracias a él, tiene la enseñanza locales higiénicos y los maestros habitaciones decorosas. Da una nota excep-

cional y simpática el escondido pueblecillo de la montaña.

—¿Usted no conoce a D. Marcelino?

—No, señor; pero tengo excelentes referencias. Sé que es hombre de cultura y de gran civismo. Una voluntad y un carácter. No conoce el gesto servil. No sabe mendigar mercedes, y si alguna recibe, la pondera escrupulosamente, la aquilata, la justiprecia, la estima en lo que vale, sin el ornato banal de los artificios al uso. Tampoco sabe negarlas. Eleva la amistad a la categoría de un culto, y dentro de ese culto es un fetiche. Quiere con lealtad, con verdadera devoción, cuando quiere.

¿Y cuándo odia?

—Prefiere al ademán airado del odio, la expresión serena del desprecio.

Políticamente es el Sr. Ribas uno de esos modelos que constituyen la síntesis de una organización, de un sistema. Amigo personal del insigne santiagués que hoy reposa en la cripta de Lourizán, a su lado luchó siempre con abnegación y constancia, y hoy sigue a sus hijos con la devoción leal y el entusiasmo sincero que le granjearon el afecto del venerable patricio. El diputado por Mondoñedo tiene en el Sr. Ribas uno de sus más eficaces cooperadores y uno de sus más incondicionales adeptos. Y no es de los que sienten la causa y la profesan en la muelle pasividad del doctrinarismo callado y anónimo. Es enemigo de los tímidos platonismos. Su política es de acción. Tiene personalidad creada en la lucha. Su reputación se hizo en la brega, como se funden y troquelan todos los prestigios bien ganados.

En algún tiempo, se le persiguió con saña. Fué separado del cargo, pero repuesto a los pocos meses. La Corporación le tributó votos de gracias en ocasiones diversas y a instancia de ella, en pleno, se le concedió la Cruz de Isabel la Católica, libre de gastos.

Personalmente, no responde a otra estética distinta. No es de los que fruncen el entrecejo, pero tampoco de los que almibaran el trato con el gesto cómico de la sonrisa estudiada. Naturalidad y sencillez. He aquí su característica.

Epílogo

¡No tiene pelo de tonto mi querido amigo, Juan Ramón Somoza!

Cuando, hará próximamente diez años, dió a la publicidad el primero de sus amenos e interesantes libros, procuró avalorarlo debidamente con el Prólogo *del insigne e inolvidable vate galiciano, Curros Enríquez, y el* Epílogo *rubricado por una eminencia de la literatura regional.*

Faltábale otra personalidad *que pusiera el* marchamo *a la última de sus obras; imponíase un* consagrado *(!) en las letras; era indispensable el pabellón, digámoslo así, que cubriera tan delicada mercancía, y ¡naturalísimo! se acordó de mi, tanto para garantizar el éxito literario, ruidoso, franco y decisivo, cuanto para conseguir la plausible y respetable combinación de lo útil con lo agradable, asegurando la venta rapidísima de su libro.*

¡No tiene pelo de tonto Juan Ramón Somoza, y bien supo lo que se hizo!

Pero, en fin, y para complacer al exigente, *dejaré de mano mis complejas y cuotidianas*

tareas de investigación histórica, con que de un trimestre a esta parte vengo ilustrando a una serie de revistas científicas que, sin subvencionar Diputaciones ni Ayuntamientos, se editan en la Siberia, el Congo belga, etcétera, etc. y cuatro etcéteras más.

***

Yo no sé que debo admirar más en Juan Ramón Somoza; si su fecundo ingenio, que a veces, casi siempre, con misérrimos andamiajes construye verdaderas suntuosidades literarias, si la riqueza de su léxico, castizo, fluído, elegante, ameno.

Su cerebro es, a mi juicio—perdona lector lo atrevido del símil—un jardín de variadísimas plantas en primavera perpetua; y digo esto, porque en todo momento, en toda oportunidad, hasta en la más trivial de las conversaciones, percíbense en el autor de Semblanzas *destellos de su imaginación privilegiada, pletórica de cálidas concepciones, exhuberante de polícromos y brillantes matices.*

El esfuerzo intelectual que supone el haber hecho 200 semblanzas, *es realmente extraordinario y en él habrían de claudicar, seguramente, muchas reputaciones de primera fila.*

Fácil es, a no dudarlo, encomiar un prestigio, puntualizar un mérito, afilar el relieve de una, dos... veinte personalidades; pero llegar a hacer 200 biografías, todas ellas perfectamente acabadas, sin rebuscamientos de efecto ni repeticiones y sin que el lector sienta la fatiga sino, por el contrario, un gran delei-

te, entiendo que es don excelso y exclusivo de los espíritus superiores.

Somoza es propietario de una envidiable cualidad: es adivino. *En este libro, como en los anteriores, más de una tercera parte de los* semblanceados *son para aquél* ilustres *desconocidos.*

Un dato, una simple noticia cogida al vuelo, una referencia, un detalle de momento le bastan para reconstruir, a su manera, el personaje.

Y lo raro es, que con tan débiles elementos, salen de los puntos de su pluma genial, admirables dibujos, de perfectos y vigorosos trazos.

*
* *

No son precisamente míos estos juicios, lector amable. Antes, mucho antes de ahora, han ensalzado como se merecen los trabajos de Somoza, pequeñeces *como* Benavente, Cavia, *Berrequena...*

Lástima que este libro que abre de modo primoroso el Prólogo *del culto literato Jesús Rodríguez López, se cierre con broche de similor, cuando debiera hacerse con delicado engarce de brillantes de Kimberley.*

José Adrio Menéndez.

Lugo, Mayo=6=1915.